

¡KIAI!

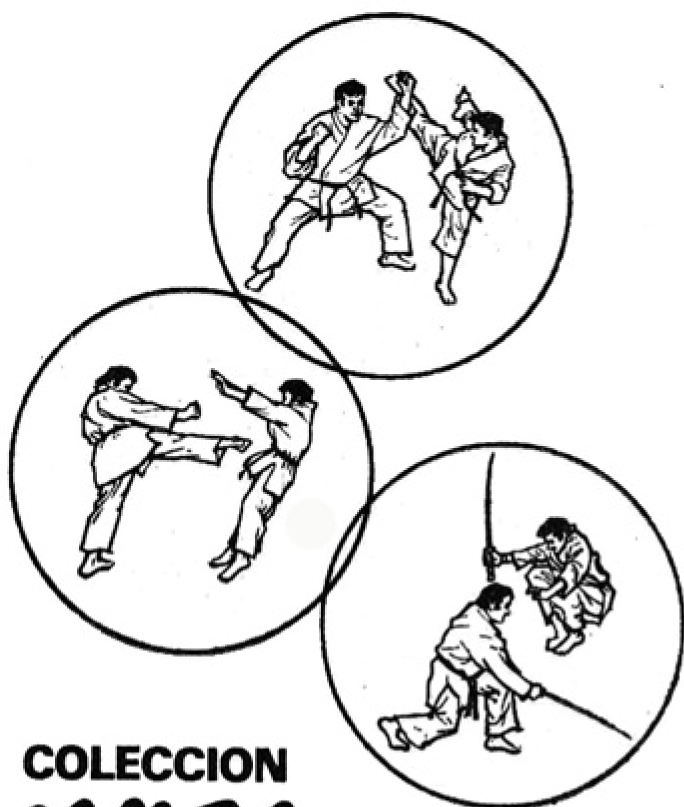
HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

EL RECLAMO

拳

FRESI



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

EL RECLAMO

Colección ¡KIAI! n.° 48
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS
MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

43 — Infierno de bambú *-Curtis Garland.*

44 — La bella y la muerte - *Clark Carrados.*

45 — Puños invencibles - *Lou Carrigan.*

46 — El paraíso de las fieras - *Ralph Barby.*

47 — Isla de la Calavera - *Curtis Garland.*

ISBN 84-02-04952-4
Depósito legal: B. 35.202 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: noviembre, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDO- KAN»

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

CAPÍTULO PRIMERO

—La verdad, señor Baxter, no comprendo qué interés puede tener usted en aprender a manejar este tipo de cacharros —dijo Jim Bow.

Budd Baxter, sentado en el puesto del piloto, sonrió suavemente.

—Bueno, alguien me dijo que sería conveniente que aprendiese a pilotar un «DC-3» y que obtuviese el título correspondiente, antes de pasar a otros tipos de aviones — contestó—. Y si no le importa, Jim, creo que mi consejero tenía razón. Pilotar un bimotor de transporte es muy distinto de hacerlo con una «Piper Cub» o «Cherokee» o «Apache» o una «Stimson»..., y quizá un día tenga necesidad de poseer mi propio birreactor.

—Siendo así, no hay nada que objetar al entrenamiento —manifestó Jim Bow, instructor de pilotos—. Lo ha hecho usted muy bien y todo depende del aterrizaje después de este vuelo. Si le sale tan satisfactoriamente como los anteriores, puede considerar suyo el título, señor Baxter.

—Gracias, Jim, pero creo que ya es hora de que vayamos dejando de lado los tratamientos, después de tantos días de volar juntos. —Baxter estudió los instrumentos durante unos momentos y luego se tocó el micrófono que partía del casco de auriculares y estaba ante sus labios—: Aquí, NZK 302 llamando a Torre de Control... NZK 302 llama a Torre de Control. Cambio.

—Torre de Control a NZK 302. Adelante.

—Solicito instrucciones para aterrizar... Velocidad, ciento cuarenta nudos. Altitud, mil doscientos pies. Rumbo, ciento noventa grados. Cambio.

—Velocidad del viento en el suelo, doce nudos, dirección Sudoeste. Tiene libre la pista tres. Adelante y buen aterrizaje, NZK 302. Corto.

—Enterado y gracias, Torre de Control. Corto.

Baxter estudió el rumbo del aparato un instante y luego metió suavemente el pie izquierdo, a la vez que empujaba la barra adelante y a la izquierda. El bimotor se ladeó un poco, mientras iniciaba el viraje descendente que permitiría a su piloto situarse en la cabecera de pista.

Junto a Baxter, Jim Bow aprobaba mentalmente las maniobras que realizaba su discípulo. El «DC-3» describió un viraje completo, de

180 grados, y situó el morro en línea recta con una pista apenas visible todavía.

De repente se oyó un grito, que resonó con fuerza en los auriculares de los dos hombres:

—¡Eh, qué diablos...! Pero ¿adónde va ese idiota? Bow se envaró en el acto.

—Algo está sucediendo —dijo.

En el mismo instante, llegó un mensaje alarmante del suelo:

—¡Torre de Control a NZK 302! ¡Apártese, apártese! ¡Treinta grados a su derecha, rápido!

Baxter corrigió la maniobra inmediatamente. A su lado, Bow lanzó un agudo grito.

—¡Ese loco viene en línea recta hacia nosotros!

Con ojos desorbitados, Baxter contempló la avioneta que ascendía raudamente en dirección al bimotor. Ya había metido el pie derecho y .forcejeaba con los mandos para situarse en la posición ordenada por la torre de control.

El campo de aviación estaba todavía a unas tres millas. Baxter sintió, de repente, su frente cubierta de sudor.

El piloto del otro avión parecía haber sufrido un accidente, ya que el aparato no se desviaba un solo milímetro de la ruta que le había trazado. De repente, vieron que un bulto se desprendía de la avioneta y saltaba al espacio, cuando la distancia entre las dos máquinas era de menos de doscientos metros.

Baxter ladeó desesperadamente el pesado bimotor. La avioneta aumentó de tamaño vertiginosamente. En el último instante, las ruedas de su tren de aterrizaje chocaron contra la punta del ala del «DC-3».

Hubo un fuerte estruendo y el bimotor se estremeció, pero Baxter consiguió mantenerlo en posición. A su derecha, la avioneta pareció saltar como un caballo encabritado. Luego, perdida la estabilidad, inició un irregular descenso hacia el suelo, situado a menos de trescientos metros de distancia.

De repente, Jim Bow lanzó un agudo grito:

—¡Eh, ese piloto loco se va a estrellar contra el suelo! ¡El paracaídas no se le ha abierto!

Baxter no intentó mirar hacia abajo, concentrado por completo en el manejo del avión. La punta del ala aparecía destrozada, pero el bimotor se mantenía satisfactoriamente en el aire.

—¡Se estrelló! —dijo Bow, dramáticamente.

Unos segundos después, se vio un gran fogonazo y una enorme humareda se elevó desde el suelo. La torre de control llamó casi en el acto.

—¿Están bien?

—Sí —contestó Baxter—. La colisión ha sido mínima y hay unos ligeros desperfectos en la punta del ala de estribor, pero los mandos responden satisfactoriamente. ¿Siguen las mismas instrucciones para la toma de tierra?

—Afirmativo. Aterrice según el plan previsto.

—Gracias.

—Están bien, suponemos.

—Afirmativo, aunque... ¿de dónde diablos ha sido ese kamikaze? En la torre de control alguien emitió una amarga carcajada.

—Era un vuelo particular a Chicago, pero una vez que despegó, y puesto que podía hacerlo sin interferir el suyo, se encaminó hacia ustedes en línea recta. Tenía ganas de suicidarse llevándose a alguien por delante.

—Quizá quería eliminarnos, pero él no tenía ganas de suicidarse. Se tiró del avión a trescientos metros y, a lo que se ve, le falló el paracaídas.

El controlador de vuelo lanzó una fuerte interjección.

—No lo hemos visto desde aquí —manifestó.

—Sí, la distancia es un tanto excesiva. Bien...

Baxter se interrumpió de repente. Tenía la vista fija en la humareda procedente del avión destruido y acababa de ver un automóvil de color claro que se despegaba del lugar del suceso.

Una idea se le ocurrió súbitamente. Dio un poco más de gas a los motores y movió los pies y la palanca de dirección, a fin de virar en redondo. Al mismo tiempo, dijo:

—NZK 302 a Torre de Control. Suspendida por el momento la maniobra de aterrizaje. Informaré cuando me disponga a hacerlo. Corto.

—Torre de Control a NZK 302. ¿Qué se dispone a hacer? ¡Conteste!

—Lo sabrán cuando estemos en el suelo. —Baxter se volvió hacia el instructor—: Quiero echar un vistazo a ese coche que se larga del sitio donde se ha estrellado la avioneta.

El «DC-3» concluyó el viraje y Baxter lo lanzó hacia adelante, a casi cuatrocientos kilómetros a la hora, mientras perdía altura sensiblemente. De pronto dijo:

—Jim, tome los mandos. Vuele todo lo más bajo que pueda. Bow asintió.

—Creo que está pensando lo mismo que yo —dije.

—Sí, no ha sido un accidente, sino una tentativa de asesinato.

El «DC-3» descendió raudamente, siguiendo un rumbo paralelo a la carretera por la que se alejaba el coche sospechoso. Era un descapotable amarillo y la distancia impedía ver su matrícula.

Bow maniobró hábilmente y situó el bimotor a diez metros del

suelo, y de tal modo, que la punta del ala izquierda quedaba sobre la carretera. El aparato pasó como un relámpago junto al coche amarillo. Entonces, Baxter pudo ver que iba pilotado por una mujer. Ella volvió el rostro un instante y miró sobresaltada hacia arriba. Pero la visión, sin embargo, duró apenas un segundo; la diferencia entre las velocidades respectivas era demasiada para conseguir observar más detalles. Lo único que Baxter pudo captar era que el pelo de la conductora tenía casi el mismo color que el de la carrocería de su coche.

—Suficiente, Jim, volvamos —dijo Baxter, a continuación.

Bow acercó la barra a su pecho y la proa del avión empezó a levantarse. Baxter hizo un gesto con la mano.

—Tomaré los mandos en cuanto haya completado el viraje —dijo. Bow le miró de soslayo.

—¿Está seguro de que podrá aterrizar sin dificultad? —preguntó.

—Bueno, me haré cuenta de que no ha pasado nada. Aunque, ¡maldición!, no comprendo por qué quisieron asesinarme.

—Si su teoría es cierta, la idea de disfrazar el crimen de accidente era buena. El tipo pensaba lanzarse en paracaídas, alguien le aguardaba abajo y así podría escapar...

—Pero no contó con que alguien iba a cerrarle la boca, mediante un paracaídas manipulado. En fin, cuando conozcamos la identidad del muerto, puede que estemos en condiciones de formar alguna hipótesis sobre el particular.

Baxter realizó una toma de tierra perfecta, que mereció las felicitaciones de su instructor. Cuando cerró el contacto, Jim Bow le estrechó la mano.

—¡Enhorabuena! Lo ha conseguido, Budd.

—Gracias, Jim.

Salieron del avión. El jefe de campo, con otros individuos, aguardaba al pie de la escalerilla. Algunos contemplaban los desperfectos causados por la colisión de la avioneta.

—Siento lo ocurrido, señor Baxter —dijo el jefe de campo—. La verdad es que no se nos ocurrió que ese loco pudiera tener en el cuerpo un par de copas de más...

—¿Lo cree así? —preguntó Baxter.

—Sólo se comprende lo sucedido si se piensa en el alcohol. El tipo despegó para un vuelo a Chicago, pero una vez en el aire tomó un rumbo diametralmente opuesto. Hacia ustedes, claro, como si fuese un kamikaze...

—Se tiró en paracaídas cuando la colisión era inminente, pero el paracaídas le falló. Ustedes lo verían en el radar, supongo.

—En efecto. ¿Piensa formular alguna denuncia, señor Baxter?

—No, ¿de qué serviría? La culpa no es de ustedes y... Por favor, ¿tienen el nombre del piloto?

—Sí, está en la oficina, en donde firmó los documentos para alquilar la avioneta. Venga conmigo, señor Baxter.

—¡Ah! ¡El aparato no era suyo!

—No, no era suyo.

Antes de separarse de aquel lugar, Baxter se volvió hacia su instructor de vuelo.

—Siento lo ocurrido, Jim.

—Hemos salvado el pellejo y eso es lo que importa —rió el piloto.

En la oficina, Baxter se enteró de que el aviador muerto se llamaba Carl Kraunn, de Nueva Jersey, y de profesión comerciante. Los papeles, según le informaron, estaban en regla. No había motivos para denegarle el alquiler de un aparato.

Baxter asintió pensativamente. Sabía que tenía más de un enemigo y que más de uno daría saltos de alegría cuando se enterase de que había abandonado este valle de lágrimas, pero ni en sueños se le ocurría por qué un tipo llamado Carl Kraunn había querido asesinarle de una forma tan espectacular como arriesgada.

«Quizá —se dijo— la rubia del coche amarillo podría darme detalles interesantes sobre el particular.» Pero ¿cómo encontrarla?

Al día siguiente, Jim Bow le llamó desde el campo de aviación:

—Usted tenía razón: el paracaídas había sido manipulado y por eso no se abrió. Sin duda contrataron a Kraunn para liquidarle y éste aceptó, confiando en salvarse a tiempo, pero no contó con que su boca podía resultar peligrosa, más adelante. Se encontraron en sus ropas cinco mil dólares en billetes y, asómbrese, en la dirección que dio al firmar el contrato de alquiler no aparece su nombre para nada. Todo fue falso, desde el principio hasta el fin: su identidad, el viaje a Chicago, el accidente...

—Su muerte, en cambio, sí fue algo auténtico, Jim.

—Eso es cierto. Budd, celebro haberle ayudado.

—Gracias, Jim.

Baxter colgó el teléfono. Una vez más, pensó en la rubia del coche amarillo.

CAPÍTULO II

Cuando su criado le anunció aquella misma tarde que tenía una visita, Baxter frunció el ceño, mientras contemplaba la tarjeta que Tim Koye acababa de entregarle. Los dos estaban en el despacho privado y el visitante aguardaba en la sala.

—No conozco a este individuo —dijo Baxter.

—A mí tampoco me suena su nombre, señor —manifestó el criado—. Pero da la sensación de haber construido el planeta con sus propias manos.

Baxter sonrió al escuchar la descripción tan gráfica que le hacía Koye. Dejó la tarjeta a un lado y se puso en pie.

—Está bien, vamos a ver qué quiere.

Momentos después se hallaba en la sala. El visitante estaba erguido y se volvió al oír el ruido dé sus pasos. Era un hombre que media casi dos metros y pesaba unos noventa y cinco kilos, con muy poca grasa sobre su poderosa osamenta, a pesar de hallarse próximo al medio siglo. El pelo estaba completo y era gris y áspero, fuerte como las cerdas de un cepillo para el suelo. Los ojos eran azules, fríos, dominadores, propios de un hombre que respiraba autoritarismo y energía por todos los poros de su cuerpo.

—Señor Baxter, supongo.

—El mismo, señor Van Truden. Siéntese, por favor. ¿Una copa?

—Gracias, no he venido aquí para un acto social. ¿Le interesaría ganarse cien mil dólares?

Baxter respingó ligeramente, a la vez que sonreía.

—¿Tengo algún atractivo especial que le impulse a ofrecerme esa cantidad de dinero?—preguntó.

—Tiene el atractivo de sus éxitos —dijo el visitante.

—¿Éxitos? —Baxter arqueó las cejas—. No entiendo...

—Será mejor que nos dejemos de rodeos —cortó Van Truden, bruscamente—. He venido a buscarle, porque sé que usted es el único que puede resolver mi problema. Y como le he dicho antes, pagaré cien mil dólares...

—No se precipite tanto —cortó Baxter—. El dinero no lo es todo en este mundo. Además..., ¿por qué ha tenido que buscarme a mí?

—Reúne todas las condiciones exigidas.

—Exigidas, ¿por quién?

—Por mí, claro —respondió Van Truden, altaneramente. Baxter miró al individuo de pies a cabeza.

—¿Debo humillarme y apoyar la frente en el suelo? —preguntó

irónico.

—No se burle; esto es más serio de lo que parece. Se trata de mi hija Linda y quiero que la busque y la traiga a mi lado.

—Para esa clase de operaciones está la policía, señor mío.

—No quiero que ningún policía intervenga en este asunto.

—Entonces, busque a un detective privado.

—Usted lo es, señor Baxter.

—No, se confunde.

Van Truden hizo un gesto de impaciencia.

—Señor Baxter, tengo informes suyos muy satisfactorios. Insisto en que es el hombre adecuado para el caso.

—Informes que, naturalmente, le habrán sido proporcionados por un detective privado.

—Claro...

—Entonces, vaya a ese individuo y encomiéndele el caso. Mire, señor Van Truden, si yo soy algo y no lo admito, puede decirse, aunque lo crea una paradoja, que soy un detective privado secreto. No ejerzo esa profesión públicamente, ni me dedico a ello para ganarme la vida. Es cierto que he intervenido en algunos casos, pero ha sido por amistad personal con el interesado o por haberme visto mezclado en el asunto, sin quererlo. Pero no porque haya necesitado el dinero que hubiera podido proporcionarme ese trabajo. ¿Lo entiende ahora?

Las mandíbulas de Van Truden se contrajeron de golpe.

—¿Cien mil dólares no son suficientes para hacerle cambiar de actitud? —preguntó insolentemente.

—No —respondió Baxter con seco acento.

Hubo una pausa de silencio. Luego, Van Truden, lentamente, dijo:

—Quizá un día le haga pagar esta negativa, señor Baxter, y lo pagará bien caro, créame. La vida de mi hija puede depender de que yo encuentre a la persona adecuada para rescatarla.

—¡Ah, está secuestrada!

—No exactamente, pero... Bien, si rechaza mi propuesta, ¿de qué sirve continuar esta estúpida conversación?

Van Truden dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—Lo lamentaría algún día —dijo por encima del hombro.

Se oyó un fuerte portazo. Baxter quedó solo en la estancia. Detrás de él, Koye, su fiel criado, dijo:

—El hombre orgulloso suele cavar su propia tumba casi siempre, señor.

—El hombre orgulloso merece, de cuando en cuando, una buena lección de humildad y debe aprender que no es más que ningún otro ser humano —contestó Baxter, filosóficamente—. Tim, ¿cuál es tu opinión?

—El visitante está preocupado por su hija.

—Eso lo sé yo también.

—Ella no está exactamente secuestrada, pero ha abandonado la casa de su padre.

—Tal vez un cazador de dotes.

—Es muy posible, señor.

—Tim, ¿sabes lo que haría yo si fuese el señor Van Truden y lo del cazador de dotes fuese cierto?

—Buscaría al tipo aprovechado y lo vapulearía a modo, ¿no es cierto?

—Exactamente. Es un remedio muy antiguo, tan antiguo como los hombres ricos con hijas tontas, pero suele producir efectos curativos muy satisfactorios.

Baxter sonrió y echó a andar hacia lo que parecía una pared de la sala. Presionó un resorte invisible y la mitad de la pared se deslizó silenciosamente a un lado, dejando ver el cuarto de comunicaciones, mediante cuyos aparatos, radio, televisión y teletipos, se ponía en contacto con el director de la agencia Digest Press, de la que era fundador y propietario. Hacía algunos años que Baxter había llegado a la conclusión de que aquél era el mejor medio para comunicarse con Denis Gray, director ejecutivo de la agencia, en la que tenía un perfectísimo servicio de recortes de prensa y un bien surtido archivo, con datos de las personalidades de cierto relieve, cuyas actividades solían ser objeto de la curiosidad y actividades de los periodistas. Los empleados de la agencia recortaban cuanto aparecía en la prensa acerca de las personas suscritas a dicho servicio y se lo enviaban por correo, pero luego archivaban los datos, tras microfilmarlos y procesar en la computadora las fichas correspondientes. Baxter, por lo tanto, pensaba que en los archivos de la agencia podía haber datos acerca de Van Truden.

A los pocos segundos, el cuadrado rostro del director Gray apareció en una de las pantallas de televisión.

—¿Sucede algo, Budd? —preguntó Gray.

—Ha venido a verme un tipo llamado Van Truden. Quiere que busque a su hija Linda. Parece que le ha desaparecido de su casa, yo supongo que a causa de un tipo que debe de estar más enamorado del dinero de los Van Truden que de la hija.

—¿Has dicho Van Truden, Budd?

—Sí, eso mismo.

Gray entornó los ojos.

—Hace cosa de un año, Linda van Truden se vio envuelta en un caso de drogas. No eran drogas *duras,* pero sí hizo lo suficiente para que la policía tuviera que intervenir, a causa de las denuncias de unos vecinos, hartos de las orgías y los escándalos de Linda, y sus amigos.

El juez le impuso una fuerte multa y una condena de tres meses, suspendida. Ahora, por lo visto, ha vuelto a las andadas.

—El padre no mencionó las drogas para nada, Denis.

—Ha tenido que recaer —aseguró Gray—, No te mezcles en ese asunto. Déjala que reviente.

—¡Denis! —respingó Baxter.

—Budd, quizá yo sea un reaccionario, pero cuando una persona no quiere dejar de ser lo que es, por más ayuda que se les preste, lo mejor es que se vaya al infierno.

—Está bien, pero, al menos, calmarás mi curiosidad, ¿no es así?

—Como quieras —se resignó Gray.

—Y otra cosa: ayer se produjo un accidente de aviación en el campo donde hacía mis entrenamientos. Haz que las chicas recorten cuanto se publique sobre el particular; toma fotocopias y me lo envías por la línea de grabación de audio y video. ¿Entendido?

—Añadiré la factura, por supuesto...

—Denis, he oído decir que en los últimos tiempos, en ese barrio donde está la agencia, han desaparecido los mendigos. Nadie les da limosna, por lo visto —se despidió Baxter, mordazmente.

Después de cerrar el contacto, se quedó pensativo durante algunos segundos. Un hombre había intentado asesinarle, por un procedimiento escasamente empleado: la colisión de dos aviones en vuelo. Pero el frustrado asesino había sido muerto, a su vez, por los mismos que le habían empleado. Esto era ya algo que excluía toda posibilidad de error.

De repente, se preguntó si aquella tentativa de asesinato no estaba relacionada con la visita que había recibido hacía algunos minutos.

¿Había tal vez alguien que estaba enterado de que Van Truden iba a pedirle que rescatase a su hija?

* * *

Aunque Baxter no era detective privado en el estricto sentido de la palabra, y mucho menos se hallaba inscrito como tal en los registros oficiales, había ocasiones en que gustaba de ayudar a personas que estimaba se lo merecían. Era generoso y desprendido y sabía que, a veces, se producían circunstancias en las que los métodos legales no causaban el menor efecto. Hasta entonces, sin embargo, cada vez que había intervenido en un caso, lo había hecho voluntariamente, por propia iniciativa y porque había juzgado que la persona implicada merecía su ayuda. Pero era la primera vez que alguien venía a buscarle directamente a su casa.

El instinto le hacía presentir que el accidente aéreo tenía cierta relación con la visita de Van Truden. Alguien, calculó, había estimado que lo prudente era emplear el viejo aforismo médico: prevenir, antes que curar. Luego eso significaba que había alguien enterado de los propósitos de Van Truden.

¿Quién?

Aquella misma noche se hallaba en un local de discreta apariencia, al que solía acudir un viejo conocido suyo, de los tiempos en que ejercía como abogado, recién terminada la carrera. Baxter, vestido con una cazadora y camiseta de cuello cerrado, con vivos azules, tomó asiento en uno de los taburetes, junto a Mick Frawson, alias *el Pavo Cantante.* Nadie sabía por qué le habían puesto el apodo, pero la nariz parecía el pico de un pajarraco, y los ojillos eran menudos y muy separados. Salvo las plumas, sí, tenía aspecto de un pavo, sobre todo porque era gordito y su abdomen sobresalía estrepitosamente. Lo de cantante se debía, quizá, a su afición a los informes, bien pagados, por supuesto.

—¡Hola, Mick! —saludó Baxter, a media voz—. ¿Una copa?

—De mil amores —aceptó el sujeto—, ¿Qué es lo que anda buscando por aquí? He seguido su carrera, en los últimos tiempos, y los abogados que viven en áticos de la Quinta Avenida no suelen frecuentar estos parajes. Todo lo más, envían a sus investigadores...

—Yo soy mi propio investigador, Mick —rió Baxter. Alzó la copa que ya le habían servido—. A la salud de Richard van Truden y de su hija Linda.

—¡Ah, los Van Truden! ¿Quién le interesa, el padre o la hija?

—Si se tratase de asuntos económicos, me interesaría el padre, pero no es así, Mick.

—Comprendo. La hija es un bombón... o lo era.

—¿Por qué lo dices?

—Señor Baxter, cuando una mujer se da a las drogas, acaba hecha un pingajo.

—¿Crees que está drogada de manera irremisible? Frawson se encogió de hombros.

—Ya lo estuvo en una ocasión y su padre pudo curarla. Pero si ahora ha recaído...

—He oído hablar de orgías en su departamento.

—Eso sucedió hace un año, que fue cuando el juez la multó y le impuso un arresto de tres meses, en suspensión durante doce, si observaba buena conducta. Parece que la chica se corrigió, pero es muy posible que haya vuelto a las andadas.

—Mick, ¿cómo puedes saberlo?

—La vi hace menos de una semana y tenía una pinta inconfundible. Al parecer, su acompañante tampoco había

escarmentado.

—¡Vamos, vamos, explícate de una vez! —pidió Baxter, impaciente.

—Para mí que el culpable de todo es Gerald Kenneth, un tipo guapo que vive de explotar a las mujeres. Gerald y la chica habían vivido juntos una temporada y fue él quien la hizo participar en las orgías. Cuando fueron arrestados, el padre buscó a Kenneth y le propinó una paliza de órdago. —Frawson acanutó la boca despectivamente—. Kenneth es pura fachada; todo esfuerzo superior al de llevarse una copa a la boca, le deja sin aliento... y es preciso reconocer que Van Truden se conserva como un toro. Por lo visto, el niño bonito no ha asimilado la lección.

—Ya —dijo Baxter—. Quizá Kenneth trata de sacar dinero al padre de Linda.

—Seguro.

—¿Dónde podría encontrarlo?

—Yo conozco su último domicilio, pero...

—¡Vamos, suéltalo!

Baxter sacó un fajo de billetes y separó dos de veinte.

—Añada el tercero —pidió el Pavo Cantante, desvergonzadamente—. No hay dos sin tres.

—Está bien —dijo Baxter, momentos después—. Gracias por todo, Mick.

—¿Le ha encargado el padre buscar a la hija?

—En cierto modo.

Baxter no sentía deseos de dar explicaciones de los motivos de su actitud. Palmeó las espaldas del soplón, se apeó del taburete y caminó en busca de la salida.

El coche había quedado a unos cincuenta metros del local. Baxter caminó a lo largo de la acera con aire perfectamente normal, pero, cuando pasaba por delante de un callejón, una mano surgió de las tinieblas, asió el cuello de la cazadora y tiró con fuerza.

CAPÍTULO III

Los pies de Baxter se separaron del suelo, en el acto, unos centímetros. En seguida volvieron a tocar el suelo, pero en lugar de resistirse, que era lo que otra persona habría hecho en su lugar, Baxter tomó impulso y saltó de nuevo, ahora por propia iniciativa, y con la cabeza gacha. Su frente chocó contra una mandíbula.

Se oyó un chasquido y algo parecido a una interjección. Luego, un cuerpo humano cayó por tierra.

—¡Vaya, el chico parece resuelto! —oyó comentar a alguien.

Delante de él había un individuo, joven y fornido, el cual tenía en la mano derecha algo parecido a un látigo. A pesar de la poca luz que llegaba hasta el callejón, Baxter pudo darse cuenta de que el supuesto látigo no era sino un trozo de fino cable de acero, de casi un metro de largo y rematado además, en una de sus extremidades, por una bola de plomo.

El látigo silbó en el aire. Baxter alzó la mano izquierda velozmente, agarró el cable y, retorciendo secamente la muñeca, consiguió que el impulso cambiase, en parte, de sentido. Antes de que su atacante pudiera reaccionar, Baxter le había golpeado con la puntera del zapato en la entrepierna, Cuando el tipo del látigo se agachó, poseído por un intensísimo dolor, Baxter le golpeó, con el filo de la mano, en el cuello.

Midió bien el golpe. De haber empleado toda la potencia de su perfectamente entrenado brazo derecho, podía haber matado al sujeto, partiéndole las vértebras cervicales, pero no deseaba llegar a semejantes extremos. Cuando el individuo se desplomó sin sentido, inspiró con fuerza y se tiró maquinalmente del borde de la cazadora.

De pronto, se dio cuenta de un detalle. Sus asaltantes eran jóvenes y vestían descuidadamente, pero no daban por completo el tipo de ladronzuelos callejeros. Un profesional, se dijo, le habría dado un porrazo en la cabeza, sin más preámbulos, para atontarlo, registrarle los bolsillos en diez segundos y escapar, a continuación. El látigo de cable de acero parecía indicar algo más complicado.

Agachándose, registró a los dos tipos. Cada uno de ellos llevaba sobre sí doscientos dólares. Ello hizo que se ratificase en sus suposiciones. No, no se trataba de unos asaltantes vulgares. Alguien les había pagado para que le diesen una buena paliza.

Sonriendo, se guardó el dinero. Abandonó el callejón y se acercó a su coche. Una mujer de labios muy pintados onduló hacia él.

—¿Estás solo, buen mozo? —preguntó. Baxter tuvo una

inspiración.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Jenny, y mi tarifa es de cincuenta dólares, *especialidades* aparte. Soy muy buena... Baxter sonrió.

—Ven, Jenny.

Ella se colgó de su brazo, pero cuando se dio cuenta de que iban a entrar en el callejón, se plantó.

—Oye, a mí me gusta hacer las cosas con comodidad, sin prisas... Ofrezco un buen servicio y hasta una copa por cuenta de la casa, pero aquí, de pie, como si fuésemos dos adolescentes con urgencias...

—Calma, Jenny, no va a pasar nada de lo que piensas. Ven, por favor.

A fin de inspirar confianza a la mujer, Baxter se adelantó dos pasos y presionó el resorte de su encendedor. Entonces ella vio los cuerpos tendidos en el suelo.

—¡Cristo! ¿Están...?

—No temas —dijo Baxter—. Sólo quiero saber si los reconoces.

—¡Claro! Son Tuffy Sanders y Bat Clay, dos hijos de puta... Una vez quisieron robarme, pero, por fortuna, había un guardia cerca...

—¿A qué se dedican?

—Salvo al asesinato, y aún no estoy segura, piensa cualquier oficio que no sea honrado y acertarás.

—¿Crees que son capaces de dar una paliza a un tipo, por dinero?

—Por veinte dólares, apalearían a su madre, aunque estuviese en una silla de ruedas. Baxter sonrió.

—Gracias, es todo lo que quería saber.

Sacó los billetes y los introdujo en el escote de la profesional.

—¡Te lo has ganado, pero no digas a nadie su procedencia! —exclamó, a la vez que echaba a andar de nuevo hacia su automóvil.

Jenny metió la mano en el escote y extrajo los billetes. Al ver que había tantos, lanzó una exclamación de susto. Luego echó a correr hacia el coche, en el que Baxter ya se había sentado.

—Oye, esto es demasiado dinero... No puedo aceptar. .. Baxter rechazó con firmeza la mano que se tendía hacia él.

—Me has hecho un gran favor —dijo—. Bastará con que tengas la boca cerrada... y esta noche, al menos, no tendrás que aguantar a un tipo con caprichos raros...

La mujer sonrió.

—Tomaré una copa a tu salud —dijo, cuando el coche empezaba ya a despegarse de la acera.

Era ya tarde cuando Baxter llegó a su casa. El criado se había acostado. Junto al teléfono, vio una nota manuscrita: «Ha llamado Jim

Bow, su instructor de vuelo. Dice que un amigo suyo ha reconocido a la rubia del descapotable amarillo. Se llama Edna Spain, pero eso es todo lo que sabe.»

—Edna Spain —repitió Baxter.

Le chocó el apellido. ¿No se tratarla del seudónimo de alguna artista?

Era posible, pero lo que interesaba en aquellos momentos era conocer el domicilio de la tal Edna Spain. Porque ya sabía el de Gerald Kenneth.

* * *

Por la mañana, realizó un par de asaltos con Tim Koye, su criado. Baxter era un maestro de las artes marciales orientales y le gustaba mantenerse en forma. Después del entrenamiento, hubo una sesión de masaje y luego fue al baño. Tras una rápida ducha y una taza de café y un vaso de jugo de frutas, se vistió y salió a la calle.

Tres cuartos de hora más tarde, se detenía ante una puerta. Tocó con los nudillos y aguardó un poco.

Repitió la llamada. Al fin, alguien abrió y le miró con ojos cargados de sueño.

—No necesito seguros, ni cepillos de dientes, ni aspiradoras...

—Y yo no soy vendedor, señor Kenneth. El otro le miró sorprendido.

—¿Cómo ha dicho?

—Kenneth, Gerald Kenneth. Mi nombre es...

—Su nombre me importa un rábano. El mío, ciertamente, no es Kenneth. Baxter se quedó parado.

—Pero yo creía...

—A partir de este momento, se convertirá en un descreído. Me llamo Albert Hustler y en mi vida he oído hablar del tal Kenneth. ¡Buenos días!

La puerta se cerró de golpe antes de que Baxter, desconcertado, tuviese tiempo de reaccionar. Al cabo de unos momentos, lanzó un gruñido de enojo y volvió a llamar.

Pasaron varios segundos. La puerta se abrió de nuevo. Un puño salió disparado. Baxter, cogido por sorpresa, no tuvo tiempo de esquivar el golpe. De repente, se encontró sentado en el suelo, mientras un par de cientos de estrellas giraban enloquecidamente en torno a su cabeza.

Resignado, se frotó el mentón. Al cabo de unos momentos, cabizbajo, levantó el campo y se encaminó en busca del ascensor.

En la planta baja, el conserje le informó que allí no vivía ningún Gerald Kenneth. El inquilino del 8-F era un respetable caballero

llamado Albert Hustler y...

—¡Sí, sí, ya lo sé! —contestó el atribulado Baxter.

Y salió a la calle.

Entonces, frente al edificio, vio parado el descapotable amarillo. Su dueña estaba sentada al volante y era guapísima.

Baxter se acercó al automóvil. Edna Spain le miró sonriente.

—Hay una plaza libre, señor Baxter —dijo.

—Se acepta la invitación con gran placer, señorita Spain —manifestó Baxter, mientras se sentaba junto a la hermosa conductora—. Pero quiero que me aclare una cosa... no, dos, mejor dicho.

—Bien; empiece a preguntar, señor Baxter.

—Primero..., ¿el apellido es auténtico?

—Aunque le parezca mentira, lo es. Parece ser que entre mis antepasados hubo gente que vino de España. Alguno de mis bisabuelos utilizó el nombre de ese país para hacerlo su apellido. Pero, francamente, no me he preocupado de buscar mi árbol genealógico, más allá de mi abuelo paterno. ¡Siga, por favor!

El coche rodaba ya por el tráfico de la ciudad.

—Segundo punto oscuro: ¿cómo sabe mi nombre y quién le ha dicho que podía encontrarme aquí?

—Le diré una cosa: hace dos días hubo un accidente de aviación. Y yo no estaba presente ni era la conductora del coche amarillo que, al parecer, vigilaba las maniobras del kamikaze que le atacó a usted durante su vuelo de prácticas.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Reggie Anderson. Es mi instructor de vuelo. Reggie y Jim Bow son muy amigos, aunque nuestros horarios no han coincidido nunca. Fue otra mujer, se lo aseguro, señor Baxter.

—Bien; pero eso no aclara el hecho de que estuviera aguardándome a la puerta de esa casa...

—Su criado me indicó dónde podía encontrarle.

—Entiendo. ¿Qué más?

—He llegado a la conclusión de que hay una mujer que pretende complicarme en un sofisticado intento de asesinato. Eso no me gusta.

—Muy lógico. —Baxter estaba reclinado negligentemente contra el respaldo y la puerta del coche—. ¿Pretende descubrir a esa mujer?

—Me gustaría.

—¿A qué se dedica usted, señorita Spain?

El descapotable acababa de detenerse ante un semáforo. Edna dirigió una penetrante mirada a su acompañante.

—Hay preguntas muy indiscretas, que no suelen tener respuesta —dijo.

—Lo siento, no fue mi intención molestarla.

El coche arrancó de nuevo. Baxter estudió furtivamente a la

hermosa mujer que tenía al lado. Edna era muy elegante y vestía con gran distinción. Al estar sentada, la falda se había subido más arriba de las rodillas, lo que permitía ver la mayor parte de unas piernas largas y perfectamente contorneadas. Los contornos del pecho poseían asimismo una línea clásica, sin exageraciones que habrían estropeado la armonía de la silueta femenina.

—¿Piensa buscar a la mujer que se hizo pasar por mí, señor Baxter? —preguntó Edna, en vista del silencio de su interlocutor.

—Bien; aquella rubia parecía como si estuviese contemplando desde tierra el ataque del kamikaze. Usted sabe bien lo que sucedió: el piloto saltó del avión con tiempo suficiente para evitar los efectos de la colisión, pero, desdichadamente para él, su paracaídas no se abrió.

—Lo manipularon previamente.

—Es de suponer. Pero no entiendo qué interés podían tener en complicarla a usted en este asunto.

—Yo tampoco —dijo Edna—. Por eso me interesa aclararlo.

—¿Tiene algún detalle que pueda ayudarnos? A mí también me interesa; si a usted la complicaron simplemente, yo estuve a punto de diñarla, y perdone la expresión.

Edna rió ligeramente.

—En estos tiempos, emplear palabras fuertes es signo de distinción —respondió—. Pero si quiere empezar sus investigaciones, le diré cuál debe ser su primer paso: conocía la matricula del avión siniestrado y de ahí conseguí el nombre del propietario. Y sabiendo este dato, averigüé, igualmente, el nombre del piloto.

—Kraunn —dijo Baxter.

—No, no, yo me refiero al piloto que está al servicio del dueño del avión destruido. Se llama Harry Shepherd y vive en la calle 86 Oeste, número novecientos setenta y nueve.

El coche se paró, de pronto. Entonces, con gran asombro por su parte, Baxter se encontró en el punto de partida.

Edna se inclinó para abrirle la portezuela, a la vez que sonreía maliciosamente.

—Como puede apreciar, he querido evitarle el gasto de un taxi, para que volviera al lugar donde había dejado estacionado su coche. ¡Fin de la conversación!

Baxter, estupefacto, se encontró en la acera antes de que pudiera añadir una sola palabra. Un segundo más tarde, adelantó el pie izquierdo y levantó el brazo derecho, como para llamar a la rubia que ya se alejaba, pero desistió al darse cuenta de que sus esfuerzos iban a resultar inútiles.

De pronto, se le acercó una mujer gruesa, que llevaba un paquete con provisiones en las manos.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Dónde está, ¿qué? —dijo Baxter.

—El disco. Lo ha lanzado tan lejos, que ni siquiera se ve...

Baxter recobró una postura más normal. La mujer se alejó, lanzando una ruidosa carcajada.

«Debía de estar ridículo», se dijo el joven, furioso, al pensar en la burla del ama de casa.

Pero al menos había conseguido conocer un detalle interesante. Ahora ya tenía una buena pista. Harry Shepherd le diría, sin duda, por qué había prestado su avión a un tipo que pensaba cometer un asesinato con el mismo estilo de los pilotos suicidas japoneses de la Segunda Guerra Mundial.

Pero, al menos, los kamikazes morían con su avión. El resultado, en este caso, había sido el mismo, aunque no ciertamente por la voluntad del piloto.

Así, abstraído en sus reflexiones, llegó al 979 de la Calle 86 Oeste. Buscó el directorio en el vestíbulo, por lo que pudo enterarse del apartamento que ocupaba Shepherd.

Minutos más tarde, llamaba a la puerta. Nadie le contestó. Volvió a llamar. El silencio persistía.

Entonces se decidió a abrir la puerta. Entró, avanzó unos pasos y vio a Shepherd. Estaba muerto.

Tenía un lazo de seda en torno al cuello. No, no había sido una muerte agradable, pensó Baxter, mientras contemplaba la horrible expresión de agonía del rostro de Shepherd.

Al cabo de unos segundos, decidió que lo mejor era marcharse. Ya avisaría a la policía desde una cabina pública.

De pronto, vio algo que chispeaba sobre una alfombra. Shepherd estaba en su lecho, con medio cuerpo fuera y las manos rozando el grueso tejido. Sacó un pañuelo del bolsillo y, con infinito cuidado, recogió el objeto que brillaba.

CAPÍTULO IV

—Es el brillante de un alfiler de corbata —dijo el joyero.

—¿Seguro, señor Herbert?

—Absolutamente seguro, señor Baxter.

—Puede ser el brillante de un gemelo...

—Podría ser, en efecto, pero lo dudo mucho.

Baxter se fiaba por completo de los dictámenes de Raymond Herbert, uno de los mejores joyeros de Nueva York, antiguo conocido suyo. La entrevista tenía lugar en el despacho privado del joyero, quien acababa de examinar el diamante con la ayuda de una potente lupa.

—Bien; en tal caso, dígame por qué es un alfiler de corbata —pidió, sonriente.

—He advertido unas diminutas hilachas de tejido, adheridas a la piedra preciosa — explicó Herbert—. Esas hilachas son de color azul oscuro, y de seda, no de tela fuerte, como la de la camisa de un policía. La gente no suele llevar camisas de color azul oscuro, al menos, la que usa alfileres de corbata. Lo corriente es que la camisa sea blanca..., por lo que, si se tratase de un gemelo, las hilachas de tejido serían blancas. ¿Lo comprende, ahora?

Baxter asintió, pensativamente.

—Durante la lucha, Shepherd debió de asir con mano crispada la corbata de su atacante y...

Herbert saltó en su asiento.

—¿Cómo dice, amigo mío? —preguntó, alarmado. Baxter volvió a sonreír.

—Nada, hablaba en voz alta —contestó—. Una última pregunta, señor Herbert. ¿Cuál es el valor aproximado de un alfiler de corbata, suponiendo que no lleve más adorno que este brillante?

—¡Oh! Setecientos, ochocientos dólares...

—Muchas gracias. Ha sido usted muy amable.

«Un asesino con gustos caros», pensó Baxter, mientras salía del despacho de Herbert. Cuando llegó a su casa, Koye, el criado, le dio un mensaje:

—Llame a Jim Bow, su instructor de vuelo.

—Está bien.

Momentos más tarde, Baxter estaba en comunicación con el piloto.

—Tengo noticias para usted —dijo Bow—, Aquí, entre los aviadores, nos conocemos unos a otros y el que no se conoce

directamente, sabe siempre algo por mediación de un tercero... Bueno, usted ya me entiende.

—Sí, desde luego. ¿Qué pasa, Jim?

—Se trata del kamikaze. El suceso se ha comentado mucho y un amigo mío ha dicho que lo vio hace cosa de un año allá por El Paso, Texas. Kraunn pilotaba una avioneta de fumigación. Usted ya sabe cómo son estos aparatos: vuelan relativamente lentos y aterrizan y despegan en un palmo de terreno. Se sospechaba que Kraunn hacía, de cuando en cuando, contrabando de drogas. Pasaba al otro lado de la frontera, después de un vuelo de fumigación, y traía el depósito de insecticida lleno de marihuana. Pero cuando se empezó a sospechar de él, levantó el vuelo...

—Lógico en un piloto —rió Baxter—. ¿Algo más, Jim?

—Sí. Mi amigo dice que Kraunn era capaz de hacer cualquier cosa por dinero. Buen piloto sí lo era, porque hubo un tiempo en que formó parte de un circo aéreo, ya sabe, acrobacias con números espectaculares y demás... Pero debió de parecerle poco el salario.

—Comprendo.

—Otra cosa, Budd. Mi informador dice que hará cosa de una semana, se tropezó con Kraunn en un aeródromo de Florida. Dijo que iba a hacer un transporte, no sé si a las Bahamas o las Bermudas... Quizá esto no tenga importancia, pero más vale que lo sepa, creo yo.

—Cree usted muy bien, Jim. Gracias por todo.

—Espere, hombre, aún no he terminado. Pienso que le gustaría saber el nombre del propietario de la avioneta kamikaze. Aunque sé que tiene un birreactor de seis plazas, para viajes rápidos, también emplea, a veces, otro tipo de aviones, para viajes más cortos y economía de gastos de toda clase. La avioneta destruida pertenecía a Richard van Truden.

* * *

—¿Te gustaría mudarte a otro apartamento? —preguntó Baxter, aquella misma noche. Jenny le miró con ojos de pasmo.

—¡Hombre, qué cosas tienes!... Elegiría mejor a la clientela... Pero ¿por qué diablos tengo que mudarme?

—Porque si haces lo que te he dicho, te buscarán después, y no querría que te pasara nada.

Jenny entornó los ojos, mientras jugueteaba con el vaso medio lleno de whisky que acababa de servirle el *barman.* Baxter dejaba que se consumiese el cigarrillo que colgaba de sus labios.

—Me diste cuatrocientos pavos —murmuró ella—. Necesitaría doscientos más...

—¿Debes dinero al casero?

—No; soy puntual en los pagos. Pero hace tiempo vi un apartamento que me gustó muchísimo, sólo que tenía que dar como garantía un anticipo de cuatrocientos dólares. Si entrego los que me diste, me quedaré sin blanca...

—Tendrás trescientos, pero quiero que *conquistes* a Bat Clay o a Tuffy Sanders, lo mismo me da uno que otro. Yo estaré en tu apartamento, del que me dejarás la llave.

Jenny sonrió.

—Quieres interrogarle —dijo.

—Sí. Alguien les pagó para que me apalearan y me interesa saber el nombre.

—Está bien, dalo por hecho.

—¿Seguro?

—Hace tiempo que Tuffy anda detrás de mí, pero no le gusta rascarse el bolsillo y yo no estoy para hacer favores a nadie. Bueno, a casi nadie; a ti, lo que quieras, gratis...

—Dame la llave —pidió Baxter sonriendo—. ¿Crees que tardarás mucho?

Jenny consultó el barato reloj de pulsera que adornaba su muñeca izquierda.

—No pasará de una hora —aseguró.

Baxter dejó un billete sobre el mostrador y se apeó del taburete. Ella lo agarró por un brazo.

—Budd, cuando esté instalada en mi nuevo apartamento, quiero que lo inaugures... —dijo ardientemente.

—Sí, nena.

La llave saltó, un momento, en la palma de la mano de Baxter. Luego se encaminó hacia la salida.

Una hora más tarde, Baxter, sentado en un diván que había conocido mejores tiempos, oyó rumor de risas en la puerta del piso. A los pocos segundos, vio entrar a una pareja, estrechamente abrazados.

Tuffy Sanders empezó a mordisquear el cuello de Jenny. Cuando bajaba sus labios hacia el opulento escote, sintió que le tocaban en un hombro.

Se volvió. Un puño golpeó secamente su mandíbula, sin demasiada fuerza, pero fue suficiente para derribarlo sin sentido al suelo.

Jenny lanzó un hondo suspiro.

—Eres demoledor —dijo.

Baxter hizo un, gesto con la cabeza.

—¡Anda, haz el equipaje! —sonrió.

—Inmediatamente.

Cinco minutos más tarde, Jenny salía con una maleta en una

mano y un bolso pendiente del hombro izquierdo.

—Esta noche tomaré una habitación en un hotel. Mañana alquilaré el nuevo apartamento...

Baxter le entregó un puñado de billetes.

—Suerte —deseó.

Jenny se empinó sobre las puntas de los pies y le besó suavemente en los labios.

—Sospecho que no Vendrás a la inauguración de mi nuevo domicilio —dijo, un tanto melancólicamente.

—¿Quién sabe? —Baxter le entregó una tarjeta de visita—. Ahí tienes mi teléfono. Llámame.

—De acuerdo.

Jenny lanzó una mirada al sujeto, que empezaba a rebullir en el suelo y simuló escupirle.

—Dale un par de golpes por mí —se despidió.

Momentos después, Baxter y Tuffy Sanders estaban a solas. Sanders se sentó en el suelo y miró con ojos turbios a su alrededor. De pronto, sus pupilas consiguieron el foco normal de visión y dio un respingo.

—¡Usted! —dijo.

—Parece que nos conocemos —sonrió Baxter, plantado en jarras ante el sujeto—.

¿Podemos hablar?

Sanders se levantó de pronto y cargó contra Baxter, pero una hábil llave de éste lo hizo rodar por tierra en un segundo. Sanders, estupefacto, volvió a sentarse en el suelo.

—Tenemos que hablar —insistió Baxter—. Mira, Tuffy, seamos sinceros. Erais dos y os derroté fácilmente, aunque la sorpresa estaba a vuestro favor. Ahora estamos solos y puedo romperte todos los huesos, uno por uno, si te resistes demasiado. En fin, tú eliges.

Hubo un momento de silencio. Baxter y Sanders se contemplaban recíprocamente. Baxter se dijo que el individuo que tenía frente a sí no era capaz de ir más allá que asustar a pacíficos transeúntes. Era un matón, pero no un asesino; un delincuente de poca monta, en suma, bueno para dar una paliza a un tipo demasiado curioso.

—Es rubia y muy guapa —dijo Sanders, roncamente, al cabo de unos segundos—. La vimos en el Comet, a diez manzanas hacia el sur... Elegante, distinguida y con pasta. Pensábamos robarla al salir, pero cuando nos disponíamos a dar el golpe, ella sacó una pistola del bolso.

—Una mujer de empuje —sonrió Baxter

—Sí, nos dejó helados. En una situación así, una fulana te pega un tiro, ¿y quién es el guapo que le hace nada? De modo que cuando

nos dio doscientos pavos a cada uno, aceptamos sin hacer más preguntas.

—Guapa, rubia..., ¿con un coche amarillo?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Eso no importa ahora. Tuffy, ¿tienes que verla de nuevo? Sanders asintió.

—Mañana por la noche —contestó—. Dijo que nos encomendaría otro trabajito y que nos daría doscientos dólares más.

—Vamos a hacer una cosa, Tuffy —dijo Baxter—. Tú no tienes que mencionar a tu compinche, nuestra conversación. Cuando le veas, pórtate con normalidad, como si no hubiera pasado nada, Entonces, mañana, a la hora acordada, acudiréis al Comet... El resto corre de mi cuenta.

—Está bien, pero perdimos el dinero... Baxter sacó un billete de diez dólares.

—La rubia os dará más dinero. Permitiré que os lo quedéis, a cambio de los informes.

Sanders aceptó la solución a regañadientes. Cuando se despedía, Baxter, desde la puerta, se volvió hacia el sujeto.

—No esperes a Jenny, se ha mudado de casa —dijo.

Mientras cerraba, Baxter oyó una sonora maldición. Riendo, emprendió el camino de la escalera.

* * *

Al día siguiente, Baxter recibió una llamada telefónica.

—Soy Van Truden. Sé dónde está Kenneth.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le hace hacer saber que me interesa ese individuo?

—Lo presiento, señor Baxter.

—Es usted infernalmente astuto, señor Van Truden.

Al otro lado de la línea se oyó una estentórea carcajada.

—Los informes que me dieron de usted eran completísimos. Desde el primer momento sabía que aceptaría el caso. Por cierto, los cien mil dólares siguen en pie, ¿me oye?

—Perfectamente. Pero hay una cosa que me llama la atención.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Para ser el padre de una chica secuestrada, no se muestra usted demasiado afligido.

—El mal humor no resuelve nada, Baxter.

—Sí, es una forma de pensar como otra cualquiera. Pero me gustaría saber una cosa.

—Bien; hable.

—Sé que usted, hace algún tiempo, dio una buena paliza a

Kenneth. El novio de su hija es pura fachada... ¿Por qué no lo repite ahora?

—Le diré una cosa: no quiero verlo. Creo que me dejaría llevar por mis impulsos y cometería una barbaridad. Por tanto, prefiero evitar la entrevista. Usted actuará con más diplomacia que yo y conseguirá saber dónde está Linda.

—Tal vez —dijo Baxter cautamente—. ¿Dónde vive Kenneth?

Van Truden citó una dirección. Baxter soltó un bufido.

—¡Eso no es cierto! —exclamó—. Ahí vive un tal Alfred Hustler...

—Es uno de los muchos nombres que usa Kenneth.

Baxter se frotó la mandíbula. El golpe que había recibido no procedía, precisamente, del puño de un tipo debilucho. Claro que le había pillado por sorpresa y...

—Veré lo que puedo hacer —dijo al cabo—. Pero hay algo que me gustaría saber.

—¿Qué es?

—Usted tenía una avioneta, que se destrozó hace pocos días. El piloto murió...

—El piloto que se estrelló contra el suelo era un hijo de perra que se lo tenía bien merecido, lo mismo que el que le prestó la avioneta. No lamento que los dos estén en el infierno, créame.

—Es usted un poco rencoroso, amigo mío —observó Baxter.

—Pero agradecido a los que me son fieles —se despidió Van Truden secamente. Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla y meneó la cabeza.

—Una conversación muy interesante, si el señor me permite el comentario —dijo Koye.

—Está hecho ya —sonrió el joven.

—El señor me debiera permitir un consejo.

—Permitido, Tim.

—No se fíe del señor Van Truden.

—Me fío de muy poca gente en este mundo, Tim.

—Tenga cuidado con ese tipo, dicho sea con permiso del señor. El hombre que grita mucho suele ser como ciertas aves, que ponen los huevos en un sitio y lo anuncian en otro.

Baxter asintió. Sí, Van Truden era un tipo vociferante, al menos cuando hablaba por teléfono. Quizá era su carácter..., pero no sólo tenía en cuenta las recomendaciones de Koye, sino que el instinto le decía que Van Truden no jugaba enteramente limpio.

Sonrió mientras se ponía en pie.

—¡Bien! Voy a ver si me tomo el desquite de un golpe que me propinaron hace dos días —dijo.

CAPÍTULO V

La puerta se abrió. Kenneth miró rencorosamente al hombre que tenía frente a sí.

—¿Es que no tuvo bastante? —preguntó, belicoso

—Aquí utiliza usted el nombre de Hustler —dijo Baxter—. Si me echa de nuevo a la calle, llamaré a la policía.

—¿Y qué? No es ningún crimen emplear otro nombre, mientras no se haga con propósitos delictivos. Simplemente, no quiero que la vecindad sepa que me llamo Kenneth.

—Porque no tiene la conciencia tranquila.

Los labios de Kenneth se contrajeron. Al fin, se apartó a un lado.

—Entre —dijo de mala gana—. Diga pronto lo que quiere y lárguese lo más rápidamente posible.

—Lo que quiero se puede expresar en cinco palabras: ¿dónde está Linda van Truden? Kenneth se hallaba junto a una mesita, con servicio de licores. Destapó un frasco de vidrio tallado, vertió una buena dosis de whisky en un vaso y bebió la mitad de un solo trago.

—No lo sé —dijo.

—Usted es un hombre guapo, atractivo, apuesto..., pero resultaría un mal actor. No sabe mentir convincentemente.

—Le digo que no...

—¡Oh, vamos, vamos!; no trate de engañarme. Suéltelo de una vez, Gerald. Ya me imagino que se siente furioso; según tengo entendido, Linda es muy guapa y, además, rica. ¿Le sabe mal haber perdido de vista ese bombón?

Kenneth soltó una maldición en voz baja.

—La última vez que la vi me dijo que se marchaba a las Bahamas, aunque no me dio más detalles; es todo cuanto puedo decirle —contestó malhumoradamente.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Una semana, diez días, no recuerdo con exactitud.

—¿Sabe si pensaba utilizar alguno de los aviones de su padre?

—No me dio detalles ni yo le pregunté. Traté de hacerla desistir de su empeño, pero cuando ella quiere, es muy terca. Así que nos despedimos y no he vuelto a verla más.

Baxter se dio cuenta de que ya no obtendría más información. La fuente estaba seca, pensó.

—Gracias, Gerald —dijo.

Y ya se disponía a marcharse cuando, de pronto, sonó una voz

femenina en el interior del apartamento:

—¡Jerry, querido! ¿No puedes hablar con tus amigos sin armar tanto escándalo?

Los dos hombres se quedaron rígidos. Luego, Baxter se dispuso a cruzar la sala, para entrar en el dormitorio, en donde se hallaba la mujer, pero Kenneth le cerró el paso.

—¡Quieto! —dijo, con ojos llameantes.

Por toda respuesta, Baxter adelantó la mano derecha, con los dedos tiesos, unidos como una tabla. El golpe alcanzó a Kenneth justo bajo el esternón, dejándolo sin aliento instantáneamente.

Luego, con la mano izquierda, apartó al sujeto, apoyándola simplemente en el lado izquierdo de su cabeza. Kenneth trastabilló y cayó al suelo inconsciente.

Un segundo más tarde, Baxter se asomaba a un vasto dormitorio. La cama se hallaba en una especie de plataforma, muy amplia, separada del resto de la pieza por dos escalones que corrían a todo lo largo del contorno.

Sobre la cama, sentada sobre sus talones y sin una sola prenda de ropa encima de su cuerpo, había una mujer que le contemplaba con los ojos muy abiertos, sin cuidarse en absoluto de su desnudez.

Era rubia y tenía una figura excepcional, con hermosos pechos y cintura muy delgada. Durante unos segundos, la rubia y Baxter se contemplaron en silencio.

Baxter fue el primero en hablar.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Kitty Knight —contestó la rubia.

—¡Oh, creí que...! ¿No se llama Linda van Truden?

—No conozco a esa mujer.

—Siento haber interrumpido su... coloquio con el señor Kenneth —se disculpó Baxter.

—No se preocupé.

De pronto, la rubia se puso en pie. Seguía sin preocuparse de la ausencia de ropa sobre su cuerpo bien formado.

—Espero que me diga los motivos de su visita, señor Baxter —manifestó heladamente.

—No creo que eso le importe, señorita Knight. Con su permiso...

Baxter empezaba ya a dar media vuelta, cuando sonó la voz de Kitty con acento seco, tajante:

—Menos prisa, por favor.

El joven volvió a girar sobre sus talones. Kitty le apuntaba con una pequeña pistola. Lentamente, atravesó la plataforma y descendió los escalones, hasta que la boca del arma quedó a menos de un palmo del estómago de Baxter.

—Y ahora, dígame a qué ha venido aquí o le pegaré un tiro —

amenazó la rubia.

—Acabo de mencionar un nombre. Su amigo Gerald, o Jerry, como lo llama usted íntimamente, podrá darle más detalles sobre el particular.

—Quiero que sea usted el que me dé esos detalles. ¿Entendido?

Baxter apretó los labios. De pronto, alzó la mano izquierda y puso la yema del dedo índice sobre el cañón de la pistola.

—Ahora ya no puede disparar —dijo alegremente. Kitty bajó la vista un instante y se echó a reír.

—Buen tapón —comentó.

Y, una fracción de segundo más tarde, la mano izquierda de Baxter desviaba el arma con violencia. Luego agarró el brazo de la rubia y la hizo girar con violencia, hasta que ella quedó dándole la espalda. Entonces, bajó la mano derecha con fuerza y palmeó sonoramente el atractivo trasero de Kitty, de cuyos labios brotó un grito de dolor y rabia.

La pistola había saltado lejos. Kitty se retiró unos metros, frotándose con la mano el lugar afectado por el golpe. Luego dijo:

—Si no le importa, voy a vestirme.

—¡Claro! —accedió Baxter, benevolente.

Kitty se puso el sujetador y unos breves pantaloncitos de encaje. Súbitamente, sin previo aviso, saltó hacia delante con tremendo impulso, a la vez que lanzaba un poderoso grito:

—*¡Kiai!*

* * *

Cualquier cosa hubiera esperado Baxter de la que parecía una muñeca de lujo, menos aquella insólita reacción. Apenas si tuvo tiempo de echarse desesperadamente hacia atrás, aunque no pudo evitar que el pie derecho de Kitty, quien se había elevado en el aire al mismo tiempo que saltaba, le golpease con dureza el hombro izquierdo.

Pillado a contrapié, Baxter giró en redondo. Durante una fracción de segundo dio la espalda a Kitty. El instinto, y el entrenamiento, le hicieron presentir lo que iba a suceder a continuación y, con un desesperado esfuerzo, se echó hacia delante, justo en el instante en que los dos pies de la rubia, muy juntos, buscaban venenosamente su región lumbar.

Aun así, el impacto en los riñones no resultó demasiado agradable. Baxter se dejó caer al suelo, parando el impacto con las manos a la vez que flexionaba los brazos. Inmediatamente, volteó sobre sí mismo.

El siguiente ataque de Kitty resultó fallido. La rubia había saltado a metro y medio de altura, encogiendo las piernas al mismo tiempo, a fin de aumentar la potencia del impacto cuando sus pies cayesen sobre el cuello de Baxter, pero el rapidísimo volteo de éste impidió que la acción se completase con éxito.

Baxter movió el brazo izquierdo en semicírculo y alcanzó una de las piernas de la rubia, que se tambaleó ligeramente. Durante un segundo, Kitty perdió la iniciativa, cosa que aprovechó Baxter para ponerse en pie. Cuando ella le disparó un maligno puntapié a la mandíbula, el objetivo ya no se hallaba en el sitio donde debía estar.

Ahora habían quedado los dos frente a frente, contemplándose recelosamente, como dos luchadores profesionales. Baxter se dijo que tenía enfrente a un enemigo de cuidado. Kitty se movía lentamente, agitando los brazos suavemente, como si buscase la ocasión propicia para desencadenar su ataque. Baxter, más que las manos de la mujer, miraba a sus ojos.

De súbito, se adelantó y saltó hacia ella, empleando la tercera *Kata, De-ashi-barai,* para realizar un volteo de tobillo y tener así a su merced a la hermosa contrincante. Al mismo tiempo que la agarraba por los hombros, empujó vigorosamente con su pierna derecha la izquierda de Kitty. Ella, sin embargo, pareció adivinar la intención y bloqueó con el abdomen, a la vez que flexionaba la pierna derecha, cargando el peso de su cuerpo sobre el pie del mismo lado. A continuación, giró un poco hacia su izquierda, para acentuar el desequilibrio de Baxter, levantándole con el esfuerzo combinado de las muñecas y los antebrazos. Con la pierna izquierda, barrió las dos del joven, hacia su propio frente. Acentuó la potencia y Baxter, desde el aire, cayó lateralmente al suelo, vencido por una mujer que parecía poseer una maestría inigualable.

Pero no se estuvo quieto, porque sabía podía representar su perdición. Apenas tocó el suelo, rodó dos veces sobre sí mismo. Kitty se le echaba encima y él la golpeó violentamente en el abdomen con su antebrazo izquierdo. Ella emitió un gruñido de protesta.

Durante una décima de segundo, quedó momentáneamente aturdida.

Baxter no dejó pasar la ocasión. Antes de que Kitty pudiera rehacerse, estaba ya tras ella, haciéndole una presa de estrangulación. Kitty intentó librarse, tirando de su brazo derecho, pero había perdido la iniciativa. Baxter apretó de firme y la rubia golpeó el suelo con la palma de la mano izquierda, dándose cuenta de que ya no tenía posibilidades.

—¿Te rindes? —preguntó Baxter.

—Sí... —jadeó ella.

—¿Por qué has querido matarme? —Todavía seguían en la

misma posición; Baxter no confiaba demasiado en aquella belicosa rubia, y aunque ya la había derrotado, no sentía el menor deseo de enzarzarse en un segundo *round.*

—¿Quién, yo? ¿Matarte? Tú estás loco...

—Kitty, me has tirado una doble patada a los riñones que, si me pillas bien, me partes la columna vertebral. Y tú lo sabes muy bien.

—Bueno, he oído cómo te peleabas con Jerry... ¿Le has atontado, verdad?

—No se le oye rechistar, de modo que la deducción es absoluta. Yo quería entrar aquí, cuando oí tu voz, y él se negó. Pero, además, vine a verle y dio otro nombre, negando ser Gerald Kenneth. No me hizo demasiada gracia, a decir verdad.

—Aunque sea así, tú no tenías por qué entrar en una habitación privada. Ciertamente, no tenemos nada que esconder, pero ¿qué te importaba a ti?

—Aparentemente, tienes razón; pero es que ando buscando a una linda damisela y me pareció que podías ser tú.

—¿Otra mujer? —se irritó Kitty.

—Sí. Linda van Truden.

—No la he visto y, además, no la conozco. Pero ¿es que ese cerdo me engaña con otra?

—Ahora, por lo visto, se trata de algo más serio que un simple engaño amoroso. Un secuestro, para que lo veas más claro.

Kitty lanzó un resoplido.

—¡Un secuestro!

—Sí.

—Budd, te juro que no sé nada de ese secuestro. Y si es cierto que Jerry anda mezclado en el asunto, puedes contar con que hoy es el último día que le veo, ¿Quieres soltarme, por favor?

Baxter dudó un instante.

—¿No intentarás jugarme una mala pasada?

—Te lo prometo. —Kitty alzó la mano derecha como si fuese a prestar juramento—. Soy sincera, Budd.

—Está bien.

Baxter se levantó de un salto, separándose dos o tres pasos de la rubia. Ella se incorporó igualmente y giró en redondo, para quedar frente a su vencedor, vestida solamente con el sostén y las braguitas, prendas ambas de tejido finísimo y casi transparente. Erguida como una walkyria, miró sonriente a Baxter, conscientemente orgullosa de su hermosura.

—¿Te gusto? —preguntó.

—Jerry ha debido refocilarse a gusto —sonrió él.

—¡Psé...! Tiene mucha fachada, pero debajo hay muy poco.

—Puede que físicamente sea así, pero en otros aspectos debe

de ser más listo. Linda van Truden vale millones.

Kitty silbó.

—Un secuestro —repitió—. La verdad, nunca se me había ocurrido pensar que Jerry pudiese estar mezclado en esta clase de asuntos.

—Aún no es seguro, pero quizá él pueda darme algunas pistas... —De pronto, Baxter miró oblicuamente a la rubia—. ¡Oye!..., ¿de qué color es tu coche? —preguntó.

—Azul claro y blanco... ¿Por qué lo dices?

—Nada, mera curiosidad. ¿Cuál es el color del coche de Jerry?

—Amarillo.

—¿Te lo ha prestado en alguna ocasión?

—No; ni se me ha ocurrido pedírselo. No me gustan los coches descapotables. En un accidente, aunque vayas a poca velocidad, es el medio más sencillo de perder la cabeza y no lo digo metafóricamente. Prefiero el mío, un *coupé* con techo duro...

Baxter se mordió los labios. Kitty parecía sincera, pero si ella no era la conductora del coche amarillo que había visto tras el ataque de la avioneta... ¿quién era?

De pronto, Kitty exclamó:

—¡Oye, le has dado bien a Jerry! Ni siquiera ha rechistado...

Baxter reaccionó y abandonó el dormitorio. A un paso de la puerta, se detuvo en seco. Como notase que Kitty le seguía, extendió una mano para cortarle el paso.

—¡Quieta!

Kitty se metió un puño en la boca, para no lanzar un chillido de espanto. Kenneth estaba en el suelo, arrodillado, encogido sobre sí mismo, como si orase a la manera árabe, pero a su alrededor y especialmente bajo la cabeza, había un enorme charco de sangre.

Todavía caían algunas gotas de la horrible herida que le seccionaba la garganta, de oreja a oreja.

CAPÍTULO VI

En una fracción de segundo, Baxter comprendió lo que acababa de suceder. El asesino había entrado sin hacer el menor ruido. Ellos no le habían oído, enfrascados en su duelo. Kenneth, parcialmente inconsciente todavía, había sido presa fácil para su atacante.

Una cosa llamó su atención: la falta de señales de lucha. Sí, Kenneth debía de haber recobrado el conocimiento, pero no había gritado, lo cual significaba que conocía a su asesino. De todas formas, pensó, la escena debía de haberse desarrollado en contados segundos.

Kitty estaba mareada, con la cara tan blanca como las sábanas del lecho. Baxter se volvió hacia ella.

—¡Vístete! —ordenó—. Creo que debemos irnos antes de que venga la policía.

—¡La policía! —se aterró Kitty.

—Sí, es lo que suele pasar en casos de asesinato. ¡Vamos, date prisa!; el miedo no ayudará en nada a Jerry.

Kitty reaccionó y corrió a ponerse el vestido y los zapatos, únicas prendas que, además del bolso, constituían su atuendo. Se pasó un cepillo rápidamente por los revueltos cabellos y corrió hacia el joven.

—Estoy lista —anunció.

—Un momento —dijo Baxter—, Cuando llegaste al edificio, con Kenneth, alguien debió de veros...

—A mí, no; vinimos en su coche y él me dejó en la puerta, con la llave del apartamento, para que subiese aquí, mientras llevaba su coche al garaje subterráneo.

Cuando crucé el vestíbulo, el conserje dormía como un lirón.

—Lo cual significa que no te vio.

—Ni se enteró de que entraba en la casa.

—Eso, al menos, es una ventaja. ¡Vamos!

Dieron un rodeo para evitar mancharse los pies de sangre y abandonaron el apartamento. Cuando estaban en el ascensor, Baxter dijo:

—Tengo mi coche en la calle. ¿Adónde te llevo?

—No es necesario que te molestes; tomaré un taxi.

—Como quieras.

Salieron del edificio sin que el conserje les concediese apenas una mirada. Al hallarse en el exterior, Kitty inspiró profundamente.

—Esto ha sido como una pesadilla...

—Te diría que tratases de olvidarlo, pero no me conviene. Todo lo contrario, me interesa que recuerdes cuanto hayas hablado con Jerry. Quizá, en algún momento, mencionó algo sobre la desaparición de la hija de Van Truden. Esfuérzate en recordar, ¿querrás?

Kitty procuró sonreír.

—Lo intentaré —respondió.

Baxter le entregó una tarjeta de visita.

—Llámame si recuerdas algo interesante. El teléfono tiene grabadora automática —indicó.

Un taxi se paró a los pocos instantes. Kitty entró en el vehículo y agitó una mano en señal de despedida. Baxter quedó junto a la acera, pero no tardó mucho en sentarse tras el volante del automóvil.

—Un asesino con gran sangre fría —murmuró—. Le servimos la ocasión en bandeja con nuestra pelea...

Kenneth debía de estar atontado todavía, aunque no completamente inconsciente, cuando el asesino efectuó su mortífero ataque. Quizá lo había reconocido y por eso no había emitido el menor sonido, aparte de que, con toda seguridad, el asesino había actuado con relampagueante velocidad. La mano izquierda a los cabellos, la derecha con el cuchillo, un tajo violentísimo y... En cuestión de segundos todo había acabado, pensó amargamente.

Mientras conducía de regreso a su casa, se dijo que, aunque no le gustaba, se había visto mezclado en el secuestro de Linda van Truden. El ataque con la avioneta, la víspera de la visita del padre de Linda, no podía tomarse como una simple casualidad, sobre todo si se pensaba que el aparato pertenecía a Van Truden.

* * *

De vuelta a su casa, hizo una llamada al campo de aviación donde había realizado sus entrenamientos. Alguien le dijo que Jim Bow estaba en un vuelo de instrucción. Baxter dejó recado de que le llamase, apenas tomase tierra.

Mientras aguardaba la llamada de Bow, hizo otra. Richard van Truden le atendió de inmediato.

—¿Qué le sucede? —preguntó.

—Quiero que me aclare una cosa en la que no he reparado hasta hace poco. Si no tiene inconveniente, claro.

—Depende —contestó Van Truden, reticente.

—¡Oh!; no es que quiera meter la nariz en sus negocios..., pero, si no me equivoco, en el campo de aviación me dijeron que la avioneta destrozada había sido alquilada a Carl Kraunn. Usted, en cambio, dijo que le pertenecía y que iba a poner verde a Shepherd, el hombre que la pilotaba habitualmente. ¿Cómo se entiende ese despropósito?

Van Truden se aclaró la garganta.

—Verá... El avión era mío, en efecto... Y también soy propietario de otros aviones... A decir verdad, soy uno de los accionistas más fuertes de la sociedad que explota ese aeródromo... Pero ocurre que Shepherd recomendó al piloto que le atacó a usted, y como yo no iba a utilizar la avioneta, accedieron a alquilársela. También tengo un birreactor de seis plazas y lo alquilamos, cuando no tengo ningún viaje importante en perspectiva... Hay que sacarle el jugo...

—Sí, ya entiendo, no es necesario que continúe. Señor Van Truden, debo decirle que, hasta el momento, no he encontrado el menor rastro de su hija.

El hombre lanzó una maldición.

—¿Dónde diablos la habrán metido? Oiga, Baxter, piense en los cien mil dólares...

—¡No se me quitan de la memoria —dijo el joven, burlonamente —. Pero quiero fijar su atención en un punto. El ataque con la avioneta, al estilo kamikaze, se produjo la víspera de nuestra primera entrevista. Usted tenía decidido venir a visitarme. Y ese ataque es señal evidente de que alguien más tenía conocimiento de esa visita.

—No recuerdo...

—Pues haga un esfuerzo, y trate de recordar el nombre de la persona o personas con las que comentó la entrevista que tenía pensado realizar en mi casa. Porque alguien lo sabía, trató de quitarme de en medio... y no lo consiguió, por los pelos.

—Está bien, haré todos los posibles —prometió Van Truden, Baxter colgó el teléfono. Diez minutos más tarde, llamó Bow.

—Me han dado su recado, Budd —dijo el piloto—. ¿En qué puedo servirle7

—Jim, usted mencionó algo sobre Kraunn: posible contrabandista de drogas y, en fin, moralidad más bien elástica.

—Sí, es cierto, pero lo sé de oídas. Personalmente, no le he tratado jamás, Budd.

—Ya, pero usted habló de un piloto que lo había visto una semana antes en Florida... Vuelva a hablar con ese hombre y sonsáquele todo lo que pueda. Otra cosa: ¿sabe si el paracaídas que no se le abrió pertenecía al depósito de pertrechos del campo de aviación?

—Pues... preguntaré, es todo lo que puedo decirle por ahora. Y en cuanto al otro piloto, está de viaje *y* no regresará hasta mañana.

—Trate de verle apenas tome tierra, Jim. Gracias por todo.

—No hay de qué.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla y entró en el cuarto de comunicaciones, en el que encontró una cinta grabada, en imagen y sonido, con datos muy interesantes sobre Van Truden. Contempló la

grabación y, al cabo casi de una hora, volvió a la sala.

Consultó la hora. A pesar del intenso ajetreo, no habían dado todavía las cuatro de la tarde y hasta la noche no tenía que entrevistarse con Tuffy Sanders, para que le señalase la rubia que le había pagado a él y a su compinche para que le diesen una paliza. No sabía qué hacer, cuando, de repente, sonó el teléfono.

Era Jenny.

—Ya estoy instalada —dijo la mujer, alegremente—. ¿Quieres «inaugurar» mi nuevo apartamento?

Baxter vaciló.

—Nena, no podré estar mucho tiempo —respondió, al cabo—. Tengo trabajo y no lo puedo descuidar...

—¿Ni siquiera una copa?

—Está bien, pero sólo una copa. Dame la dirección, por favor.

* * *

El apartamento no era gran cosa, pero teniendo en cuenta el cuchitril en que había vivido Jenny hasta aquel momento, parecía una mansión de lujo. Jenny le recibió con una aparatosa bata de color rojo vivo, casi naranja, y el pelo peinado en un alto copete, que se sostenía de milagro. Baxter ocultó su opinión sobre la bata; Jenny tenía un gusto pésimo para elegir su indumentaria, pero no quiso desilusionarla y le dijo que estaba elegantísima y que toda ella era un monumento de belleza *sexy.* Jenny se esponjó y le besó estruendosamente en ambas mejillas.

Luego mencionó la copa a que le había invitado.

—Una «inauguración» no lo parece, si no se toma un trago —dijo.

—¡Claro! —aceptó Baxter, resignándose de antemano al whisky barato que le iban a servir.

Para su sorpresa, el whisky era muy aceptable. Baxter se sentó en un mullido diván y

Jenny lo hizo a su lado, con las piernas bajo el cuerpo.

—¿Conseguiste lo que querías? —preguntó.

—¿Cómo? —Baxter estaba distraído, y en el primer momento no captó el sentido de la pregunta—. ¡Alí, te refieres a Tuffy!... Sí, habló.

—Es un tipo repugnante, lo mismo que su compinche. Si una no se muestra enérgica, ya puedes contar con que la mayoría de los días se quedan con la recaudación... Conmigo lo hicieron en una ocasión; a la segunda, saqué una navaja automática y le rajé a Tuffy la camisa desde el hombro hasta el estómago. Se puso malo, oye. Ya no han vuelto a molestarme, aunque prefiero estar lejos de ellos, para que un día no me pillen a traición y me rompan media docena de costillas.

Acabarán mal esos tipos, te lo aseguro.

—Lo supongo.

—Además, tienen muchas ínfulas. Quieren llegar a ser algo grande, tener su propia banda, y en el fondo son dos infelices con muchos sueños en la cabeza. Les falta astucia... aunque, vete a saber; en este perro mundo, se ven cosas tan raras.

—Sí, Jenny.

—Desde luego, algo se traen entre manos. Hace tres o cuatro días les oí hablar de un asunto que parecía interesante... Si es verdad y en esta ocasión no resultan unos fantasiosos, podría ser que dieran un buen golpe.

A Baxter lo que menos le interesaba en aquellos momentos eran los sueños de grandeza de dos hampones de mala muerte. Pero, cortés, no quería interrumpir a su locuaz anfitriona.

—No sé cómo lo harán —prosiguió Jenny—, si es que lo hacen, claro, porque la cosa no debe de ser tan fácil... Unos lingotes de oro no se manejan tan bien como un fajo de billetes.

—Lingotes de oro —repitió Baxter.

—Sí, pero no me hagas demasiado caso. A lo mejor lo decían porque sabían que les escuchaba y querían pavonearse delante de mí... ¿Más whisky?

Baxter dejó el vaso a un lado.

—Gracias, ya tengo bastante —rechazó la oferta. Y se puso en pie.

Jenny le miró con ojos húmedos.

—Te vas —dijo.

—Lo siento, tengo trabajo. Ella suspiró hondamente.

—No quiero forzarte a que te quedes... pero cuando lo desees, ven, a cualquier hora del día o de la noche.

Baxter se inclinó y la besó en una mejilla, sorprendentemente limpia de maquillaje.

—Lo tendré en cuenta —se despidió.

Una hora más tarde, estaba en el Comet, un lugar discreto y de buena apariencia, con luces indirectas y tapicería roja en las paredes. Buscó una mesa situada en un rincón, pidió un doble de whisky y esperó.

Media hora más tarde entró una hermosa joven, de pelo rubio muy claro, quien se sentó en un taburete, con un fascinante despliegue de piernas. Casi al instante se le acercó un moscón, pero ella lo rechazó secamente y el hombre se retiró abochornado. Baxter contempló la escena divertidamente. «A saber qué le habrá dicho», pensó.

A los pocos minutos aparecieron Sanders y su compinche, los cuales se situaron junto a la rubia, charlando animadamente entre sí,

sin prestarle ninguna atención. Poco más tarde, Baxter vio que la rubia deslizaba sigilosamente un paquetito, con la mano derecha, hacia la izquierda de Sanders. El paquete desapareció de inmediato en el bolsillo de la cazadora.

La rubia y los dos hampones continuaron en el mostrador. Baxter se levantó, dejó un billete sobre la mesa y buscó la salida.

En la calle, a poca distancia, había un descapotable amarillo. Baxter buscó la documentación del coche. Así pudo enterarse del nombre y la dirección de la conductora. Se preguntó quién podría ser aquella May Stone y por qué había querido que Sanders y el otro le diesen una buena paliza.

Sanders y Clay salieron un par de minutos más tarde. Baxter cambió una mirada con el primero. Sanders le hizo una seña de inteligencia.

—¡Bat, espérame en la esquina! —dijo Sanders a su compinche.

—Está bien.

Sanders y Baxter se apartaron de la puerta, caminando como si fuesen dos transeúntes que llevasen la misma dirección. Al llegar a la esquina, Sanders se encaró con el joven.

—Tenemos que buscar a un tipo, llamado Harry Fall y romperle un brazo —informó.

CAPÍTULO VII

Baxter parpadeó.

—Harry Fall —murmuró—, ¿Tienes la dirección?

—Sí.

Sanders le entregó un papelito, que Baxter guardó en uno de sus bolsillos.

—¿Cuándo tienes que informar a la rubia? —preguntó.

—Mañana, a estas horas.

—Dile que lo hiciste, eso es todo

—Está bien, pero... Bat quizá quiera cumplir...

—Convéncele de que no le toque.

—Lo intentaré.

—A propósito, ¿qué le habéis dicho de lo que os ordenó hace tres noches? Sanders torció el gesto.

—Parece que no ha quedado muy convencida de nuestras excusas —rezongó—. Y a Bat no le gustaba mucho, pero logré persuadirle...

—¿Sabes su nombre?

—No.

Baxter sí lo sabía. Únicamente había hecho la pregunta al objeto de conocer si la rubia usaba otra identidad al relacionarse con los dos hampones.

—Está bien.

De pronto, Sanders lanzó una exclamación:

—¡Eh, mire, ese tipo va a llevarse el coche de la rubia!

Baxter volvió la cabeza. Un individuo se había sentado tras el volante del descapotable, con la intención nada oculta de apoderarse del vehículo. La dueña, por lo visto, se había dejado puesta la llave del contacto.

El ladrón hizo girar la llave. En el mismo instante, algo parecido a un chorro de fuego brotó de debajo del salpicadero y abrazó instantáneamente al individuo.

Baxter y Sanders se agacharon instintivamente al oír la explosión. El capó del automóvil saltó por los aires, dio un par de vueltas y cayó sobre el asfalto con rechinante ruido de chapa. En el asiento delantero, un hombre, inconsciente o ya muerto, se había convertido en una antorcha.

Las llamas empezaron a propagarse a todo lo largo del vehículo. Algunos curiosos corrieron hacia el lugar del suceso. Baxter lanzó un penetrante grito de advertencia:

—¡Aléjense! ¡El tanque de combustible va a estallar de un momento a otro!

El gentío se dispersó desordenadamente. Segundos después, grandes chorros de gasolina inflamada se dispersaron en todas direcciones. Uno de los coches situados en las inmediaciones empezó a arder, también. La confusión era indescriptible. Ya se escuchaban los alaridos de las sirenas policiales.

Al cabo de un buen rato, Baxter, ya separado de Sanders, decidió entrar de nuevo en el Comet. Con gran decepción, vio que May Stone había desaparecido, sin duda para no tener que dar explicaciones a la policía sobre el hecho, en apariencia incomprensible, de la colocación de una bomba en su automóvil. Por fortuna, conocía su dirección.

Pero antes, se dijo, quería hablar con Harry Fall, el hombre a quien Sanders y su compinche debían partir un brazo.

* * *

Fall debía de haberse acostado no hacía mucho, porque apareció vestido con una bata y los ojos cargados de sueño.

—Si quiere contratarme para un vuelo, la respuesta es no. Ya tengo más trabajo del que puedo desear —dijo, sin más preámbulos.

Baxter parpadeó.

—¿Es usted piloto?

—Sí…Oiga, ¿qué diablos quiere, a estas horas, en mi casa? —preguntó Fall, malhumoradamente.

—Hablar con usted.

—Estas no son horas...

—Señor Fall, el asunto que me ha traído es muy importante. Se lo ruego, déjeme pasar. Fall dudó un instante. Al fin, se echó a un lado.

—Me llamo Baxter, Budd Baxter —dijo el visitante, una vez traspasado el umbral de la casa—. Si quiere referencias mías, llame a Jim Bow, el piloto instructor de la Shawbury Aircraft. Supongo que le sonará el nombre de esa compañía, señor Fall.

—Por supuesto, y también conozco a Bow. Pero ¿qué diablos pasa? —exclamó Fall, muy intrigado.

—Han pagado a dos rufianes para que le partan un brazo —declaró Baxter—. En un principio me extrañó el asunto, pero ahora, después de conocer su opinión, empiezo a ver con más claridad. Señor Fall, ¿tiene usted que volar a alguna parte en los próximos días?

—Pues... ¿Ha dicho que me iban a partir un brazo?

—Sí.

—Eso me hubiera impedido volar durante una temporada.

—Es de presumir —sonrió Baxter.

—Sin embargo, no veo qué interés puede haber en ciertas personas para impedirme volar —alegó Fall.

—Tal vez deba realizar usted un vuelo importante en los próximos días sugirió el visitante.

Fall se acarició el mentón con aíre perplejo.

—La verdad, no me parece que mi próximo vuelo sea de importancia —dijo—. Tengo que ir a Nassau, en las Bahamas... Un viaje de vacío para traer, de vuelta, tres toneladas de una cerámica...

Baxter levantó las cejas.

—¿Cerámica? —exclamó, atónito—. Pero si en las Bahamas no...

—Por lo visto, es decir, por lo que me han dicho, hay un artesano que se instaló allí hace algún tiempo y que ha resultado ser un artista sensacional. Yo no he visto ninguna de sus obras, pero creo que son maravillosas...

—Y usted tiene que traer un cargamento de cerámica.

—Sí, tres toneladas. Bien embaladas las piezas, por supuesto.

—Ya —dijo Baxter—. La cosa resulta complicadilla, aunque creo que acabaremos por conseguir una explicación congruente. ¿Cuándo tiene que partir para Nassau?

—Aún no sé la fecha fija. Creo que dos o tres días, como máximo.

Baxter meditó durante unos segundos. El vuelo a Nassau, para transportar tres toneladas de cerámica, ni aunque se importasen de contrabando, resultaba muy extraño, sobre todo teniendo en cuenta que el avión volaría de vacío a la ida. Claro que si era un flete especial, al fletador no le importaría la pérdida que representaba la circunstancia. El fletador pagaría por el vuelo completo, llevase o no carga el avión.

—Está bien, señor Fall —dijo, al cabo—. Vamos a hacer como quiere cierta persona.

—¡Eh, no irá a romperme usted el brazo!...

Baxter se echó a reír ante la alarma que se pintaba en el rostro del piloto.

—No —contestó—, pero le pagaré con mucho gusto las molestias que le supondrá llevar el brazo enyesado durante algunos días.

Fall sonrió maliciosamente.

—Debo simular una auténtica fractura —adivinó.

—Exactamente. Y ahora mismo nos iremos a ver un médico que es buen amigo mío... De pronto, llamaron a la puerta. Fall se dispuso a abrir, pero Baxter extendió su brazo.

—Deje —pidió en voz baja.

Baxter abrió la puerta y se dio de manos a boca con Bat Clay. El sujeto llevaba algo envuelto en papel de periódico. Seguramente era una barra de hierro, pero Clay estaba tan sorprendido de ver a alguien que no era el dueño de la casa, que no tuvo tiempo de reaccionar. Por su parte, Baxter no perdió el tiempo en consideraciones: disparó secamente el puño derecho y lo estrelló contra el mentón del sujeto. Clay se desplomó como un fardo.

Baxter lo entró en el piso, arrastrándolo por los pies. Fall se sentía estupefacto. Cuando se disponía a cerrar, oyó ruido.

Sanders corría hacia él.

—Escuche, ese tipo está loco... No quiso hacerme caso... Baxter movió la mano.

—¡Entra! —ordenó.

—He tratado de disuadirle de lo que nos ordenó May Stone, pero no me hizo caso... —jadeó Sanders.

—Escucha un momento —dijo Baxter—. El señor Fall y yo nos vamos a marchar ahora mismo. Cuando despierte tu amigo, le dirás que fue el señor Fall el que le golpeó, dejándole sin sentido.

—Pero él sabrá que fue usted...

—No estará tan seguro... Cuando se recibe un golpe semejante, la memoria flaquea. Y puesto que no me verá, no podrá afirmar nada en contrario. Además, le dirás que tú entraste a Continuación y que hiciste la faena que os han encomendado. ¿Lo vas comprendiendo?

Sanders asintió. Baxter metió la mano en el bolsillo y sacó unos cuantos billetes, que entregó al sujeto.

—Para ti solamente —añadió. Se inclinó y desenvolvió en parte la barra de hierro—. Así resultará la cosa más verídica —añadió—. Si Clay te pregunta por el señor Fall, dile que salió corriendo en busca de un médico y le das prisa para abandonar la casa antes de que venga la policía.

—Está bien —respondió Sanders.

—¿Tienes que llamar a algún teléfono a la señorita Stone?

—Ella dijo que nos vería mañana por la noche, en el Comet, pero después de que le pusieron una bomba en el coche, no sé si acudirá...

—May Stone escapó sin duda por la puerta trasera.

Irá mañana —afirmó Baxter rotundamente. Se volvió hacia Fall —. Vámonos —dijo.

Fall no se hizo de rogar. Cuando cerraban la puerta, Clay empezaba a rebullir y a quejarse sordamente.

Media hora más tarde, se detenían ante la puerta de una casa, en la que se veía la placa indicadora de la profesión de su dueño.

—Aquí es —dijo Baxter—. Ahora haremos la pantomima y luego

mi amigo le acompañará al hospital. Es preciso que esté allí unos cuantos días, para completar la ficción y que no haya motivos de sospecha.

En la acera, Fall se volvió hacia su acompañante.

—Señor Baxter, ¿qué diablos pasa aquí? —preguntó. El joven suspiró.

—A mí también me gustaría saber todo lo que se esconde detrás de este turbio asunto —respondió.

* * *

Al día siguiente, a media mañana, Baxter recibió una llamada telefónica.

—¿Se ha olvidado ya de mí? —preguntó Edna Spain.

—¡Imposible! Su rostro se ha grabado en mi mente de modo indeleble. Edna rió argentinamente.

—Es usted un maravilloso embustero —dijo—. Ande, venga a verme, si no tiene ocupaciones más graves.

—Por fortuna, no soy médico —contestó Baxter.

—¿Qué tiene que ver eso con nuestra entrevista?

—Es que si fuese médico y tuviese un paciente gravísimo en el quirófano... el paciente se me moriría, porque dejaría todo para ir a verla.

—Es la mentira más bonita que me han dicho nunca —declaró Edna. Dio su dirección y añadió—: Suelo hacer un buen café, Budd.

—De usted lo bebería aunque le añadiese vitriolo concentrado.

Nuevamente sonó la risa de Edna. Baxter colgó el teléfono y empezó a vestirse.

Una hora más tarde, y armado con un monumental ramo de flores, llamaba a la puerta del apartamento de Edna. Ella abrió y le miró maliciosamente.

—No me ha defraudado —dijo.

—¿Por qué habla así?

—Tenía que traerme flores... —Edna se apoderó del ramo y aspiró durante un instante el aroma de las rosas rojas—. Y además, ha adivinado que son las que más me gustan.

Edna vestía un conjunto negro, de raso, chaqueta y pantalones, que le prestaban un singular atractivo. Baxter apreció en la joven un gusto exquisito por la decoración de su vivienda, en la que apreció sus suficientes toques de clasicismo para hacerla acogedora, sin que pareciese anticuada o pasada de moda.

Durante unos momentos, Edna se dedicó a la tarea de colocar las flores en un precioso jarrón de porcelana. Luego se volvió hacia su invitado.

—Le hablé antes de café, pero tenga la seguridad de que no hay vitriolo en la alacena —dijo.

—Ni cianuro, ni arsénico, ni vidrio molido revuelto con el azúcar.

—No me gustan los métodos tan sofisticados para asesinar a la gente. Prefiero el puñal, o la soga... ó el paracaídas «arreglado».

Baxter se puso rígido en el acto.

—¿Qué sabe de ese asunto? —preguntó. Edna sonrió.

—Espere a que haya tomado el café —repuso.

Y se alejó hacia el interior del apartamento. Cinco minutos más tarde volvió con la bandeja en las manos.

Después de llenar las tazas, dijo:

—He estado investigando por mi cuenta. No me hacía gracia que me confundieran con la mujer que estuvo contemplando el accidente desde su coche amarillo.

—Lógico —convino Baxter—, ¿Y...? Edna le miró intensamente.

—Le dije que fuese a ver a Shepherd.

—Y lo encontré, pero con una cuerda al cuello.

—Fue el pago que le dieron por «arreglar» el paracaídas de Kraunn —aseguró Edna, con rotundo acento.

CAPÍTULO VIII

Baxter removió el *azúcar* de su taza y tomó un par de sorbos.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó al cabo.

—Buscando aquí, y allá... Yo también hago cursos de pilotaje en el mismo campo de aviación que usted. Alguien vio a Shepherd con un paracaídas en la mano y le preguntó adónde lo llevaba. Shepherd mencionó la avioneta que Kraunn lanzó contra el «DC-3» en que volaba usted. Al preguntón le extrañó el hecho, pero Shepherd se defendió, diciendo que cumplía órdenes, aunque no dijo quién se las había dado.

Edna tomó también un sorbo de café y continuó:

—Aún le diré más. Cuando se produjo el accidente, y puedo demostrarlo, hacía un par de minutos que yo había abandonado el campo de aviación. Para llegar al sitio donde estaba apostada la rubia con el coche amarillo, es preciso dar un gran rodeo, en el que se invierten no menos de seis o siete minutos, ya que no hay camino directo.

—Lo cual la descarta a usted, por completo, de toda complicidad en el caso.

—Nunca he temido que me acusaran de nada en relación con ese desagradable asunto, pero me encuentro mucho más satisfecha sabiendo que las cosas están completamente aclaradas. Hubo un malentendido, debido a las apariencias, pero eso es todo.

—Lo celebro, Edna.

—A usted le querían liquidar, está visto. La rubia se apostó allí para contemplar el accidente. Sabía que Kraunn iba a morir.

—¿Y Shepherd?

—Si preparó el paracaídas, bloqueando el sistema de cierre, se condenó a sí mismo a muerte, aunque la sentencia la ejecutase otro cualquiera.

—Muy cierto —admitió Baxter—. Pero ¿quién?

Edna se sentó en el diván y escondió las piernas bajo el cuerpo.

—Eso es cosa que le compete averiguar a usted... —dijo.

—¿De veras?

—Tiene interés en el asunto, ¿no?

—¿Cómo lo sabe?

—Usted hizo preguntas sobre mí y yo llegué a enterarme por gentes adictas a mi persona.

Baxter se reclinó en el butacón en que se hallaba frente a la hermosa dueña de la casa.

—Tengo la impresión de que sabe algo más —dijo. Edna sonreía maliciosamente.

—Sí, sé más cosas —admitió.

—Bien, ¿por qué no habla?

—¿Le interesa a usted Linda van Truden?

Baxter se puso en pie y llenó su taza nuevamente.

—Hace usted un café delicioso —dijo.

—Eludiendo respuestas, parece usted D'Artagnan esquivando las estocadas de los guardias del cardenal —rió Edna.

—Antes de contestar a su pregunta, me interesaría saber cómo ha llegado usted a enterarse de mi supuesto interés por la hija de Van Truden.

—Budd, usted debiera de saber bien que un campo de aviación, dedicado al transporte ligero y a la instrucción de pilotos, es un continuo hervidero de rumores. Allí se conoce bien a Linda y se ha hablado muchísimo de algunos de los escándalos que ha organizado en más de una ocasión. Ahora, Linda no da señales de vida.

—Su padre le habrá prohibido aparecer por el aeródromo.

—No, no es eso. La vieron no hará más allá de diez, quince días, todo lo más. Tomó una de las avionetas de su padre y se marchó a las Bahamas.

—¿Ella tiene título de piloto?

—No. Fue con un piloto profesional, Sol Philip. Ella no sabe manejar aviones.

—Comprendo. ¿Qué más?

—En el avión viajaba otro pasajero, que se inscribió con el vulgarísimo nombre de Ted

Jones. Algunos dicen que era el fulano de Linda.

—Yo tenía entendido que era otro —murmuró Baxter.

—En todo caso, lo dejó plantado por Jones. Una cosa es segura: viajaban muy amartelados, como si fuesen recién casados.

—Y volaron...

—A Nassau, en las Bahamas. Con las escalas técnicas necesarias, dada la autonomía del avión.

—Comprendo. Su padre dice que está secuestrada o poco menos... Edna se encogió de hombros.

—Sobre eso ya no puedo garantizar nada —declaró—. ¿Quién sabe?, a lo mejor, el secuestrador la forzó a desempeñar el papel de mujer enamorada... Pero que viajó a Nassau es algo incontrovertible, porque me lo ha dicho el propio Philips.

Baxter sonrió, a la vez que meneaba la cabeza.

—No hay cómo ser mujer y, además, joven y guapa, para que los pilotos descarguen sus confidencias —dijo.

—Es que también hay otra circunstancia favorable en este caso

—manifestó la joven.

—¿Puedo saberla?

—Puede —respondió Edna—. Poseo el cincuenta y uno por ciento de la Shawbury Aircraft. Van Truden ha intentado comprarme el paquete de acciones en más de una ocasión, pero yo me he negado siempre. Debo confesarle que es un negocio heredado, del que nunca me había preocupado gran cosa. Pero un día, se me ocurrió que podía probar qué tal se me daba pilotar un avión... y empecé a aficionarme a las cosas de la aviación y me di cuenta de que no podía consentir que alguien tomase el negocio para ciertos manejos nada agradables.

—Reñidos con la ley, por supuesto.

—Sí. He saneado un poco aquello y hemos despedido a unos cuantos pilotos venales, pero por lo visto en los casos de Kraunn y Shepherd no supimos actuar con la debida energía.

Baxter se acercó a la mesa, en donde había una valiosa cigarrera de ónice verde y oro.

—Jim Bow no me dijo para nada que es usted, prácticamente, la dueña del campo de aviación —murmuró, mientras se acercaba un pitillo a los labios.

—Eso es algo que tengo prohibido tajantemente. Cierto, algunos pudieron confundirme con la rubia del coche amarillo, cosa lógica, pero no tuve nada que ver con el asunto. Sin embargo, Van Truden posee un par de aviones propios, aunque si necesita otro, paga religiosamente el importe del alquiler, como lo hago yo cuando se presenta la ocasión o cuando vuelo en prácticas.

—Ahora Van Truden sólo tiene un avión —dijo Baxter—, El que pilotaba Kraunn era suyo, también.

—Sí.

Hubo un momento de silencio. Baxter miraba a la hermosa joven a través de las nubes de humo de su cigarrillo.

—Edna, dígame: ¿cree que Van Truden puede estar mezclado en algún asunto sucio? Ella hizo un gesto con las manos.

—Los pilotos corrompidos que despedimos, actuaban por su cuenta. De momento, es todo lo que puedo decirle, Budd.

Baxter se inclinó para aplastar el cigarrillo contra el cenicero.

—Edna, ha sido una entrevista muy fructífera —sonrió. La joven abandonó el diván de un salto.

—¿Se marcha ya? —preguntó.

—A menos que tenga algo que decirme...

Edna avanzó un par de pasos, hasta quedar situada frente a su invitado. Bajo la tela negra se advertía el leve temblor de sus senos. Baxter pensó que aquella especie de pijama era lo único que

Edna llevaba puesto en aquellos momentos.

—Hay otros temas de qué tratar —dijo Edna, intencionadamente.

—¿Por ejemplo?

Edna emitió una leve risita.

—¿No eres capaz de adivinarlo?

—Para tratar cierta clase de temas, se necesitan muy pocas palabras... y otro sitio más adecuado.

—Bueno, vamos a buscar ese sitio —dijo ella.

* * *

Edna encendió dos cigarrillos y pasó uno a su acompañante. Tendido de espaldas sobre la cama, con las manos bajo la nuca, Baxter aspiró ligeramente un par de bocanadas de humo. El cigarrillo se movió en sus labios cuando empezó a hablar:

—Tendré que visitar a Van Truden, preciosa.

—¿Lo consideras interesante?

—Por supuesto.

—Pero no le digas que sabes mi vinculación con la Shawbury Aircraft.

—Descuida, no le diré nada; ni siquiera mencionaré tu nombre.

—Quiero que mi negocio sea limpio, Budd. Antes de que me ocupara personalmente de él, las cosas no marchaban bien. El campo de aviación estaba marcado, ¿comprendes?

—Sí, desde luego.

—Y no me gusta que alguien se haya hecho pasar por mí.

—Lo comprendo.

—Budd, ¿es cierto que piensas comprarte un birreactor ligero? Baxter hizo un gesto ambiguo.

—Antes de que tome una decisión, tengo que aprender bien su manejo. Quizá no llegue a comprarlo, pero, como dijo aquél, el saber no ocupa lugar...

Baxter se interrumpió de repente. Edna le miró con interés.

—Sigue —pidió.

El joven se llevó un dedo a los labios.

—Silencio —susurró.

Dejó el cigarrillo en un cenicero próximo y apartó a un lado las ropas de la cama.

—No te muevas —aconsejó en voz baja.

Completamente desnudo, Baxter abandonó el territorio. Desde la puerta, vio que el pomo se movía levemente.

De puntillas, aunque era más bien un gesto instintivo, ya que estaba descalzo y, además, el pavimento era una espesa alfombra de moqueta, se acercó a la puerta, situándose junto a la pared, justo en

el momento en que el intruso conseguía abrirla.

El individuo pasó al interior del apartamento y cerró sin molestarse en mirar a sus espaldas. Baxter vio que se trataba de un hombre de mediana estatura, pero tremendamente fornido: la anchura de sus hombros era casi igual a su estatura.

El hombre sacó algo de su bolsillo. Baxter vio un delgado pero resistente cordón de seda y se estremeció.

¿Era aquél el asesino de Shepherd?

Recordó que el lazo que había causado la muerte del piloto estaba profundamente hundido en la carne de su cuello, lo cual indicaba una fuerza descomunal. Sí, podía ser el asesino.

Y ahora venía a hacer lo mismo con Edna.

Avanzó silenciosamente detrás del sujeto. De pronto, le tocó en el hombro.

El asesino, sobresaltado, se volvió. Baxter levantó fulminantemente el brazo derecho y le golpeó con el codo en la garganta.

Se oyó un sordo gruñido. El asesino se tambaleó, pero no perdió el equilibrio. Tampoco soltó el lazo que, de súbito, disparó contra su adversario, consiguiendo incluso pasar por detrás de la cabeza de su inesperado atacante.

Baxter se dio cuenta del gravísimo peligro en que se hallaba. Si el asesino conseguía sus propósitos, podía darse por perdido. Dos manos se juntarían con relampagueante rapidez y enorme potencia y, aunque la muerte no sería instantánea, sí quedaría fuera de combate en un par de segundos. El golpe que había propinado al asesino le había restado iniciativa, tal vez le impedía hablar, pero no le había quitado un ápice de sus fuerzas.

Inmediatamente recurrió a un truco que, le pareció, era el único que podía librarle de tan crítica situación. Haciendo incluso presión con los pies en el suelo, se echó hacia atrás, desequilibrando al estrangulador. Al mismo tiempo, le agarró con ambas manos por las solapas del traje, atrayéndole hacia él. El otro se resistió un poco, pero había sido pillado a contrapié y empezó a caer, al mismo tiempo que gruñía palabras inarticuladas. Cuando ya estaba casi horizontal y Baxter tenía la espalda apoyada en el suelo, un par de pies se apoyaron en su estómago y presionaron con indescriptible violencia hacia arriba.

La acción del segundo impulso, combinada con el movimiento de caída, hicieron que el estrangulador diera una voltereta completa en el aire, pasando por encima de Baxter, para caer de espaldas sobre la alfombra, con un golpe que hizo vibrar sordamente el suelo. Baxter se había levantado ya con la agilidad de un felino y, cuando el otro empezaba a sentarse, le aplicó dos golpes de filo,

simultáneamente con ambas manos y bajo las orejas. El estrangulador gritó, alzó sus manos hacia el punto donde había recibido los golpes, pero no pudo completar su gesto. Se relajó laciamente, inclinó el torso a un lado y quedó inmóvil en el suelo.

Desde la puerta del dormitorio, Edna, envuelto el bello cuerpo en una sábana, contemplaba la escena con ojos fascinados.

—Jamás había visto nada semejante —declaró. Baxter se echó a reír.

—He estado a punto de morir estrangulado, aunque no lo creas —dijo. De pronto, se fijó en la indumentaria del asesino y vio que era hombre de gustos caros. Atravesado sobre la corbata, llevaba un alfiler de oro con rubíes. Debía de haber sustituido el que usaba el día en que asesinó a Shepherd, pensó—. Edna... ¿tienes un arma en casa?

—Pues... sí, una pistolita calibre veinticinco..., pero no la uso nunca —respondió ella.

—Tráela, *y* trae también algunas joyas: un collar, un par de anillos o algo por el estilo, con tal de que sea de valor.

—Pero no entiendo...

—¡Anda, haz lo que te digo! —insistió Baxter.

CAPÍTULO IX

Cuando el estrangulador volvió a la vida, Baxter conocía ya su nombre y su dirección. El tipo se sentó en el suelo, mientras miraba a los lados con ojos extraviados.

—¡Hola, Pete Jaffys! —dijo Baxter, alegremente.

—Sabe ya mi nombre, ¿eh? —gruñó el sujeto.

—Al menos, es el que consta en tu documentación. Tú asesinaste a Shepherd...

—No sé de qué me habla —dijo Jaffys, rápidamente.

—Yo entré en casa de Shepherd minutos después de su muerte. Encontré en el suelo un pequeño brillante, desprendido de un alfiler de corbata. Seguramente, Shepherd luchó un poco contigo y hasta te debió de agarrar la corbata, pero las fuerzas le fallaron muy pronto. Hoy llevas rubíes en el alfiler, en lugar de diamantes.

Los labios de Jaffys se contrajeron.

—No admitiré nada, si no está delante mi abogado —manifestó. Baxter movió la cabeza.

—Mira a tu derecha —indicó—. Esa linda joven te está apuntando con su pistola y disparará si no das una respuesta a mi pregunta.

—Así es —confirmó Edna, convenientemente instruida. Jaffys se estremeció.

—¡Diablos, ustedes no pueden...!

—Podemos y lo haremos. El mundo no perdería nada con tu ausencia.

—Está bien —rezongó Jaffys—. Se llama May Stone, es todo lo que sé.

—Y te pagó bien, supongo.

El estrangulador hizo una mueca.

—Soy bueno —dijo, no sin cierto orgullo profesional.

—Menos cuando te encuentras con alguien que es mejor que tú. Edna, ya sabes lo que debes hacer.

—Sí, Budd.

Mientras el estrangulador permanecía inconsciente, Baxter y Edna se habían vestido por turnos. Edna se acercó al teléfono y marcó un número.

—¿Central? Póngame con la policía, es urgente.

—No van a poder probar nada —dijo Jaffys, despectivamente.

Edna sonrió de un modo singular. Diez minutos más tarde, dos agentes de uniforme entraban en el apartamento,

—Acuso a ese hombre de haberme robado las joyas —dijo ella. Jaffys dio un salto.

—¡Eso es mentira...!

—Yo soy testigo del suceso —declaró Baxter—. La señorita y yo estábamos en la cocina, preparándonos un poco de café, cuando escuchamos un ruido sospechoso. Por fortuna, ella tiene una pistola y conseguimos detener al ladrón antes de que pudiera huir,

—Si le registran los bolsillos, encontrarán un collar de perlas, dos pendientes de platino y brillantes, una sortija con una esmeralda y un reloj de oro con brillantes —dijo Edna, impasible.

Uno de los policías hurgó en los bolsillos del estrangulador. A los pocos segundos, sacó un puñado de cosas que centelleaban vivísimamente.

—¿Son sus joyas, señorita?—preguntó.

—Sí, oficial —contestó Edna, con los ojos fijos en el prisionero.

Jaffys apretó los labios. Se daba cuenta claramente de que le habían tendido una trampa, de la que le era imposible escapar, por muchos esfuerzos que hiciera. Dos aros de metal se cerraron con metálicos chasquidos en torno a sus muñecas.

—Tendrá que declarar en la comisaría, señorita —dijo el agente —. Las joyas serán presentadas como prueba...

—Haré todo lo que sea preciso —aseguró la joven.

Un minuto después, Baxter y Edna se habían quedado a solas.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella.

—La policía recibirá un diamante, junto con una confidencia para que registren el apartamento de Jaffys, en donde encontrarán el alfiler de corbata incompleto.

Edna sonrió.

—Eres maquiavélico —dijo. Baxter movió la mano.

—Ligeramente astuto —contestó—. Preciosa, sospecho que podemos dar por concluida la velada.

—Lastimoso —suspiró Edna—. Con lo bien que lo estábamos pasando... Los labios de Baxter rozaron su aterciopelada mejilla.

—Ya habrá tiempo de repetir la velada —se despidió.

* * *

Baxter levantó el teléfono y marcó un número. A los pocos momentos oyó una voz bronca.

—¿Quién es?

—Señor Van Truden, creo tener noticias de su hija —manifestó Baxter.

—¡Fantástico! ¿Qué sabe de Linda?

—Lo primero de todo, dígame: ¿conoce usted a un tal Ted

Jones?

—No, nunca le he oído nombrar en mi vida. ¿Quién es ese tipo?

—El hombre que acompañó a Linda a Nassau, capital de las Bahamas, hace un par de semanas aproximadamente, y por si fuera poco, en un avión perteneciente a Shawbury Aircraft. ¿Le suena ese nombre?

—Tengo intereses en esa compañía, pero no es la única empresa...

—Lo dije solamente para su información. En realidad, sus negocios no me importan; demasiado me imagino su absoluta legalidad. Señor Van Truden, le aconsejo que use el teléfono. En Nassau le darán información sobre su hija y Ted Jones. Se habrán alojado en alguna parte, supongo.

—Puedo localizarla, en efecto, pero no sé si me hará caso cuando le diga que vuelva.

—Señor Van Truden, no esperará de mi que vaya a Nassau, pegue una paliza a Jones, dé a Linda un par de cachetes en las posaderas y se la traiga cogida de la mano, como si fuese una niña de pocos años, ¿verdad?

—Bueno, a decir verdad, en cierto modo me interesaría... Al menos, me gustaría que tuviese una entrevista con ella y procurase disuadirla de seguir junto a ese Jones. .

—Entonces, ya no cree que está con Kenneth.

—He leído la noticia de su asesinato —respondió Van Truden—. Debo admitir que, en un principio, creí que estaría con él, pero me equivoqué. Mi hija y yo no nos hemos llevado nunca demasiado bien...

—Sí, son cosas del choque generacional —dijo Baxter, de buen humor—. Pero le aconsejo que use primero el teléfono. Sólo si con este medio no consigue nada, empezaré a pensar en la conveniencia de un viaje a las Bahamas.

—¡Pero no sé dónde está Linda!

—Ella usó uno de sus aviones. Entérese de la fecha de partida y sabrá la de llegada a Nassau, puesto que volaron directamente, aunque con las escalas técnicas precisas, dada la poca autonomía del aparato. Por ahora, es todo lo que puedo hacer.

—Está bien, muchas gracias, señor Baxter.

—Ha sido un placer, señor Van Truden.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla. Kaye estaba a poca distancia, sonriendo levemente.

—¿Qué opinas, Tim?

—Con el permiso del señor..., tenga cuidado.

—Sigues sin fiarte de Van Truden.

—Lo admito, señor.

—¿Algún instinto especial, Tim?

—A veces, el señor Van Truden me recuerda a los niños cuando están solos, en un lugar oscuro, y gritan para ahuyentar el miedo.

—¿De qué podría tener miedo un individuo como Van Truden? Koye enseñó las palmas de sus manos.

—Si el señor lo supiera, estimo, tendría adelantada la mitad de la senda —respondió. Baxter se recostó en el diván y se pellizcó pensativamente el labio inferior.

—Sí, sería conveniente averiguarlo —convino.

Pero todavía había muchas cosas que ignoraba... ¿Quién era May Stone? ¿Por qué alguien había querido asesinarla mediante la colocación de una bomba en el coche?

¿Por qué quería May que dos rufianes rompiesen el brazo a un piloto de transporte? Lo mejor, se dijo, era preguntárselo a la propia interesada.

Pero cuando fue a su casa, May estaba ausente. El conserje del edificio le dijo que la había visto salir con una maleta. Seguramente se había marchado de viaje, añadió el hombre, aunque no le había dicho su punto de destino.

La cosa estaba clara: May se había visto en peligro de muerte y había juzgado que lo más conveniente para su salud era desaparecer de la ciudad.

* * *

Cuarenta y ocho horas más tarde, Baxter recibió una llamada. Era Van Truden.

—Tengo que pedirle un favor —dijo el hombre.

—Si está en mi mano...

—Al fin he conseguido localizar a Linda.

—¡Magnífico! ¿Lo ve como el teléfono no es un invento del diablo, como aseguran algunos?

—Sí, molesta en ocasiones, pero resulta útil. El caso es que he hablado con Linda y se niega a volver a casa.

—Lo siento. Ted Jones debe de ser muy guapo, supongo. Van Truden soltó una maldición.

—Tendré que machacarle las narices, como hice con Kenneth —dijo.

—¡Hombre, no; su hija tiene derecho a ser feliz! —protestó Baxter.

—He conseguido informes del tal Jones y sé que no es más que un parásito. No me opongo a que mi hija se case algún día, pero al menos que sea con un hombre que valga la pena, no con un tipo que pretenda vivir a mi costa.

—Eso es muy razonable. De todos modos, le aconsejo que

insista, señor Van Truden.

—Sí, pienso hacerlo, pero me encuentro con una seria dificultad.

—¿De qué se trata?

—Yo podría hacer el viaje en un avión de línea, por supuesto, pero necesito discreción...

—Tiene usted un birreactor, si mis informes no están equivocados.

—Está en revisión y no podrá volar hasta dentro de cuatro o cinco días. De momento, lo único con que cuento es con un viejo «DC-3», que precisamente va a salir mañana para Nassau. Pero tengo entendido que falta un piloto. El que debía hacer el vuelo está en el hospital, con un brazo roto. Le atacaron unos maleantes, creo.

—¡Caramba, sí que es mala suerte! Hubo una pausa de silencio.

—Señor Van Truden, ¿sigue ahí? —preguntó Baxter.

—Claro, todavía no he colgado... Es que, verá, no me atrevo a pedirle que...

—Usted quiere que yo pilote ese avión.

—Me ha adivinado el pensamiento, señor Baxter.

—Un «DC-3» necesita, por lo menos, piloto y copiloto, sin hablar del navegante.

—El vuelo es sencillo. Podemos prescindir del navegante. La siguiente pausa fue a cargo de Baxter.

—Está bien, volaré a Nassau —dijo.

Van Truden lanzó una exclamación de alegría.

—¡Señor Baxter, créame que no sé cómo agradecerle...!

—Yo sí lo sé, sobre todo desde que existen los billetes de Banco. Recuerde que me prometió una recompensa.

—La tendrá, se lo aseguro: jamás rehúyo el cumplimiento de mis promesas.

—De acuerdo, nos veremos mañana en el campo de aviación.

Baxter dejó el teléfono en su sitio y encendió un cigarrillo. Las cosas estaban saliendo...¿al gusto de quién?, se preguntó.

* * *

Bajo el brillante sol del trópico, el viejo pero recién pintado bimotor describió un amplio semicírculo en torno al aeródromo y empezó a perder altura. A poco, las ruedas tocaron la pista. El «DC-3» rebotó ligeramente. Sol Philips torció un poco el gesto.

—Aún le falta práctica —rezongó.

—Eso lo sé yo mejor que nadie —convino Baxter.

Al cabo de unos segundos, la rueda de cola se apoyó en el cemento. Un *jeep,* con el rótulo de *Follow Me,* se situó delante del avión y lo condujo al lugar de aparcamiento. Baxter cerró los contactos

y se reclinó un instante en el asiento.

—Hemos llegado —dijo.

Van Truden se asomó a la cabina de mando.

—Baxter, ¿está muy cansado? —preguntó.

—Depende de lo que se considere como cansado... Usted quiere ver a Linda cuanto antes, ¿no?

—Me gustaría.

—Deje que me dé un baño en el hotel. Nos reuniremos dentro de una hora en la puerta.

—Está bien, yo me ocuparé de alquilar un coche.

—Y yo me encargaré de los trámites en el aeropuerto y de repostar el avión —dijo el copiloto.

Baxter y Van Truden desembarcaron del avión. Allí mismo, en el aeropuerto, Van

Truden alquiló un coche y dijo que llevaría a Baxter al hotel.

Cuando se separaban, Van Truden hizo una observación:

—¡Ah, lo había olvidado! Si no le importa, llevaremos de vuelta un cargamento de cerámica artística... Es un encargo muy importante y no me gustaría desaprovechar el viaje.

—En eso tiene usted razón —sonrió Baxter—, Ya que tenemos aquí el avión, lo lógico es sacarle todo el provecho posible.

CAPÍTULO X

El automóvil se detuvo ante un *bungalow* blanco y rojo, situado entre palmeras, buganvilias y otras especies tropicales. Con las manos en el volante, Van Truden adelantó su poderoso mentón.

—Ahí es —dijo.

Baxter encendió un cigarrillo.

—¿Cree que ella...?

—Estoy seguro de que usted sabrá hacerlo mejor que yo. ¡Inténtelo, se lo ruego!

—Con una condición,

—¿Sí?

—No quiero violencias. No me gustaría verle apaleando a Ted Jones.

—Le doy mi palabra.

—Gracias.

Baxter abrió la portezuela, salió del coche y caminó a lo largo del sendero enlosado que conducía a la puerta del *bungalow.* Tocó el timbre y esperó unos momentos.

La puerta se abrió, al fin. Una joven, que vestía bata casera, puesta descuidadamente, de tal modo que, al estar abierta, permitía ver la escasa ropa interior que había debajo, apareció ante los ojos del visitante. Baxter apreció en el acto el desaliño indumentario de la muchacha, de cuyos labios pendía un cigarrillo humeante, de un olor peculiar.

—¿Qué desea? —preguntó la chica desabridamente.

Entre la bata y los senos de la muchacha no había nada. Los pantaloncitos, en realidad un triángulo de tela blanca y unas cintas, constituían el resto de su atuendo. El pelo era castaño oscuro, lacio, no demasiado bien cuidado.

—Me llamo Baxter —dijo el visitante—. ¿Es usted Linda van Truden?

—Séee —contestó ella, con cierto desgarro—. ¿Qué se le ofrece, forastero?

—Hablar con usted. ¿Puedo...? Linda se encogió de hombros.

—Entre.

Baxter cruzó el umbral. En el interior del *bungalow* había una atmósfera apestosa.

—Le gusta la hierba... —dijo significativamente.

—Eso no es cosa suya, amigo. ¿Qué quiere?

—Su padre está inquieto por su ausencia.

—El viejo burgués...

—Gracias al cual, usted consiguió el dinero que le permitió traerse a un compañero de cama y marihuana aquí.

Linda se envaró.

—Oiga, no le permito que se meta en mis asuntos... Dentro de la casa sonó una voz ronca:

—Linda, preciosa, ¿con quién estás hablando?

—No te preocupes, Ted; sólo se trata de un degenerado representante del capitalismo. Parece ser que quiere llevarme con el tipo que me engendró.

—¡Tu padre!

—Sí, eso.

Un hombre apareció en el umbral del dormitorio. Era joven y usaba barba de collar, y su única indumentaria era un *slip* floreado.

—¿Quieres que lo eche, Linda?

—¿Es Ted Jones? —preguntó Baxter.

—Así me llaman —contestó el aludido.

—Desde que lo engendraron, claro —dijo Baxter, sarcásticamente—, Linda, será mejor que se vista.

—¿Por qué?

—Voy a llevarla con su padre.

Jones avanzó un paso, en actitud belicosa.

—Voy a echarlo de aquí —anunció.

Linda cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió burlonamente.

—Será divertido —dijo.

Jones dio otro paso. Baxter cerró los puños.

De súbito, Jones disparó el puño derecho. Baxter paró el golpe con la palma de la mano izquierda. A continuación, golpeó los músculos del antebrazo de su atacante con el filo de la mano derecha.

Fue un golpe suave, lo justo para entumecer el brazo de Jones; de haberlo asestado con más potencia, podría haberle fracturado los huesos. Jones gruñó, se tambaleó, y Baxter remató su obra con un golpe de antebrazo al barbado mentón.

Jones se desplomó como un fardo. Linda silbó.

—Pareces un maniquí, pero sabes pelear —comentó, admirada.

Baxter se acercó a ella. Linda tenía ahora el cigarrillo de marihuana en la mano y él se lo quitó de un manotazo, arrojándolo sobre un cenicero. Luego la empujó sin consideraciones hacia el dormitorio.

—Voy a dejar la elección en tus manos —dijo—. O te vistes tú o te visto yo. Linda le miró desvergonzadamente, por encima del hombro.

—¡Vísteme, querido! —pidió.

Baxter le asestó una fuerte palmada en el trasero. Ella gritó y

saltó hacia adelante, añadiendo al grito una procaz interjección.

A los pocos minutos, Linda apareció de nuevo, vestida con chaqueta y pantalones, y con una bolsa de viaje en la mano derecha. El bolso con los objetos personales pendía de su hombro izquierdo. Parecía avergonzada.

—Estoy lista —murmuró.

Jones continuaba en el suelo, la boca entreabierta y los brazos en cruz.

—¿No te despides de él?

Linda hizo una mueca de desprecio.

—Es un tipo flojo —contestó—. Estaba desengañada con él.

—Celebro que sepas reconocerlo. ¿Vamos?

—Sí.

Salieron de la casa. A los pocos pasos, Linda se detuvo.

Van Truden estaba en pie, fuera del coche, fumando un cigarro. Padre e hija se contemplaron fijos durante algunos segundos... Luego, de súbito, Linda soltó la bolsa de viaje y echó a correr hacia su padre, llorando como una Magdalena. Van Truden tiró el cigarro y acogió a la joven en sus robustos brazos.

Baxter se inclinó y recogió la bolsa que Linda había dejado abandonada. Avanzó lentamente a lo largo del sendero, dejó la bolsa en el asiento posterior del coche y se sentó tras el volante.

Al cabo de unos segundos, padre e hija se separaron. Linda buscó un pañuelo y se sonó con fuerza, Van Truden miró al joven con fijeza.

—Tendrá su recompensa —dijo. Baxter sonrió.

—Será mejor que volvamos al hotel —indicó.

* * *

Sol Philips miró con sorpresa al hombre que acababa de colarse en su habitación.

—¿Qué sucede, Budd? —preguntó.

Baxter se puso un dedo sobre los labios. A continuación, empezó a registrar el dormitorio cuidadosamente, mientras Philips le contemplaba con enorme curiosidad.

Minutos más tarde, Baxter se volvió hacia el piloto.

—No, no hay ninguna bomba —dijo. Philips dio un salto.

—¡Demonios, una bomba! Pero ¿por qué?...

—A Fall tenían que romperle un brazo.

—Y se lo han roto... Está en el hospital...

—Es una ficción. Pude evitarlo.

Philips se pasó una mano por la frente.

—Budd, por favor, explíquese de una vez. No me gusta lo que

está pasando.

—Aún no puedo hablar del todo, porque no tengo completos los hilos de la trama. Pero abrigo la sospecha de que hay alguien que no quiere que usted vaya en el vuelo de regreso.

—¿Piensan matarme? —preguntó Philips, con los pelos de punta.

—Tanto como eso, no; resultaría demasiado arriesgado... —De súbito, Baxter se fijó en una botella que había sobre una mesita, junto con un par de vasos y un recipiente para hielo—. ¿Ha pedido usted el whisky?...

—No, estaba ya aquí. Supongo que será cortesía del hotel.

Baxter cogió la botella, quitó el tapón, olisqueó el licor y luego vertió unas gotas en la palma de la mano, para probarlo con la punta de la lengua. Al terminar las operaciones, se volvió hacia Philips.

—A usted le gusta el whisky, Sol —dijo. El piloto sonrió de mala gana.

—Como a cada hijo de vecino —contestó.

—Y pensaba tomarse un par de tragos antes de irse a la cama.

—Sí, puesto que ya lo tenía tan a mano... —Philips señaló un libro que había encima de la mesilla de noche—. Tengo una novela policíaca y me hubiera entretenido leyéndola, con un traguito de cuando en cuando —explicó.

—Claro, así se hubiera dormido mejor..., sólo que alguien quería que durmiese lo suficiente para no llegar a tiempo al aeropuerto.

Philips extendió las manos.

—¡Por el amor de Dios, Budd! ¿Quiere explicarme, de una vez, qué es lo que sucede?

—Sol, mañana no va a volar usted de vuelta a Nueva York. Philips parpadeó,

—Pero...

Baxter volvió a coger la botella y vertió unas gotas en uno de los vasos, que dejó sobre la mesilla de noche, añadiendo un par de cubitos de hielo para que se fundieran en el interior del recipiente. A continuación, fue al baño y vertió en el lavabo un cuarto del contenido de la botella, haciendo que el agua corriera seguidamente, en abundancia, a fin de disipar el olor del whisky. Finalmente, regresó al dormitorio.

—Sol, usted debe actuar como si realmente hubiese tomado unos buenos tragos. Repito que no quieren matarlo; no les conviene el escándalo de un asesinato. Para ellos, resultará más útil un piloto borracho que no puede llegar a tiempo a su avión. ¿Lo ha comprendido?

—Sólo en parte, aunque sé que debo fiarme de usted. Me lo dijo la señorita Spain...

—¡Ah, Edna le ha hablado de mí! —se sorprendió Baxter. El piloto sonrió.

—Ella me dijo que, en caso necesario, hiciese todo lo que usted me ordeñase — contestó—. Pero no me dio más explicaciones...

—Por ahora, no puedo decirle nada más, excepto que haga puntualmente todo lo que le he dicho. Es más, seguramente, dentro de un par de horas, alguien se asomará a este dormitorio. Usted tiene que aparentar muy bien que está profundamente dormido. Alguien dirá, mañana, que se emborrachó, cuando lo cierto es que esperan que la droga contenida en el licor le haya causado un profundo sueño.

—Y el avión despegará sin mí. ¡Pero se necesita un copiloto! —exclamó Philips.

—Supongo que tendrán preparado uno de reserva —contestó Baxter—. Sin embargo, eso no es cosa que le preocupe a usted. Siga el consejo de la señorita Spain.

—¡Muy bien! —suspiró Philips—. Espero que un día pueda contármelo todo, Budd.

—Un día lo sabrá todo —aseguró.

Abrió la puerta y salió de la habitación. Minutos más tarde, se hallaba en el comedor, cenando con los Van Truden.

Linda se había puesto un vestido largo.

—Lo he comprado en la *boutique* del hotel —declaró.

—Le está muy bien —sonrió Baxter—. Bien, señor Van Truden, ¿satisfecho?

—Por completo. —Van Truden sacó un sobre y se lo entregó al joven—. Siempre cumplo mis promesas —añadió.

Baxter hizo asomar el cheque por valor de cien mil dólares. Sonrió ligeramente y lo guardó en el interior de la chaqueta.

—Gracias —murmuró.

—Linda vendrá con nosotros, mañana —dijo Van Truden—. He pensado que es lo mejor.

—¡Claro! Ella no tendrá inconveniente, supongo.

—Ninguno —contestó la aludida.

La cena prosiguió animadamente. Después, incluso, Baxter y Linda bailaron un poco, ante la complacida mirada de Van Truden. Finalmente, y puesto que al día siguiente debían madrugar, se retiraron a sus respectivas habitaciones.

Van Truden llegó a su cuarto y se quitó la chaqueta, en primer Tugar. Luego se soltó el lazo negro y empezó a desabotonarse la camisa. A continuación, con los tirantes colgando de los pantalones, entró en el cuarto de baño y empezó a lavarse las manos.

De pronto, oyó un ruidito sospechoso. Alzó la cabeza y, a través del espejo, vio a una persona que le apuntaba con un revólver provisto de silenciador.

—¿Qué diablos...?

El arma hizo *plop.* Van Truden se estremeció convulsivamente. Agarrado con manos convulsas al lavabo, Van Truden intentó mantenerse en pie, pero el asesino disparó por segunda vez y entonces se derrumbó lentamente. Su pie izquierdo se agitó un par de veces. Luego, todo el cuerpo se quedó quieto.

El asesino cerró cuidadosamente la puerta del cuarto de baño. Tenía las manos enguantadas, de modo que no había preocupación alguna en dejar sus huellas dactilares. Se retiró tan silenciosamente como había venido y nadie se dio cuenta de lo que acababa de suceder.

CAPÍTULO XI

A las seis de la mañana, Baxter llamó a la habitación de Philips.

—¡Buenos días, Sol!

—¡Hola! —dijo el piloto—. Todo salió como usted había dicho.

—No le tocaron, supongo.

—Bueno, en cierto modo... El tipo se me acercó y me zarandeó un poco, pero yo seguí roncando. Se marchó en seguida.

—¿Le vio la cara?

—No. El cuarto estaba a oscuras. Desde luego, era un hombre.

—Está bien; gracias, Sol.

—¡Oiga! —dijo Philips—, si yo no puedo volar, ¿quién lo hará en mi sitio? Baxter soltó una risita.

—A mí también me tiene intrigado este problema —contestó—. Bien, nos veremos en Nueva York. Disfrute de la vida durante estas cortas vacaciones.

—Eso es lo que pienso hacer —contestó el piloto.

Baxter estaba ya vestido y bajó a recepción, en donde canceló su cuenta. Al terminar, preguntó por los Van Truden.

—La señorita ha salido ya hacia el aeropuerto —le informaron.

—¿Y su padre?

—No le hemos visto, señor. Tal vez se ha quedado dormido... ¿Quiere que le llame por teléfono?

Baxter alzó una mano.

—Deje, yo lo haré en persona, muchas gracias.

Abandonó el mostrador de recepción y se dirigió hacia el ascensor. Momentos después, llamaba, a la puerta del cuarto ocupado por Van Truden.

Nadie le contestó. Extrañado, Baxter insistió, pero el ocupante de la habitación continuaba en silencio. Al fin, se decidió a abrir.

La cama estaba vacía y apenas desordenada, con la chaqueta y el lazo negro encima del cobertor. Baxter se preguntó si. Van Truden no habría ido a algún lugar donde pasar la noche en alegre compañía. Se habría cambiado simplemente de chaqueta, poniéndose una corbata corriente...

Por si acaso, se asomó al baño. Entonces vio a Van Truden encogido al pie del lavabo. La sangre aparecía ya seca y negra.

Inspiró con fuerza. Algunos de los puntos que aún resultaban oscuros empezaban a aclararse.

En el hotel, pensó, nadie se había dado cuenta todavía del asesinato. Si llamaba a la policía, se produciría un tremendo

escándalo.

Y él perdería el avión que debía pilotar y en el que, estimaba, se hallaba la solución del caso.

Con gran cuidado, volvió a cerrar la puerta del cuarto de baño. El asesino, pensó, debía de haber empleado un silenciador. Nadie había oído los estampidos del arma.

Con un pañuelo, limpió sus huellas dactilares, al menos las correspondientes a la puerta del baño. En cuanto a las otras, siempre podía alegar haber charlado la víspera, durante unos minutos, con Van Truden, antes de retirarse a descansar. Un hombre que va a visitar a otro, en su cuarto del hotel, no suele utilizar el cuarto de baño del visitado. Alguien, además, podía verle en el pasillo, limpiando el pomo, y esto sí podía resultar sospechoso.

Bajó al vestíbulo y recogió su bolsa de viaje.

—El señor Van Truden ha debido de salir ya —dijo. El empleado sonrió.

—Es posible —contestó—. Yo acabo de entrar en el servicio... Desde luego, la señorita Van Truden ha cancelado las dos cuentas.

—Sí, los veré en el aeropuerto. ¡Adiós!

—Buen viaje, señor.

Las chicas de la limpieza tardarían todavía en subir al dormitorio de Van Truden. Baxter se imaginó el chillido que daría la primera que descubriese el cadáver.

Cuando llegó al aeropuerto vio una carretilla con elevador cargando cajas en el «DC-3».

—Son las cerámicas que debemos transportar —dijo Linda.

—¡Ah! Su padre le había hablado ya del asunto.

—Sí. Por cierto, ha tenido que quedarse en Nassau, retenido por unos negocios muy importantes. Claro que con lo lento que es este cacharro, llegará a Nueva York antes que nosotros.

—Viajará en un «Jet» —sonrió Baxter.

—Sí. ¡Ah, tengo una mala noticia!... —Linda se mordió los labios —. Se lo diré a mi padre en cuanto nos veamos. Comprendo que yo no soy la persona más indicada para hacer reproches..., pero el piloto que vino con usted se ha emborrachado abyectamente. No sé en qué pensaría mi padre. .

—¿Cómo? ¿Philips está borracho?

—Como una cuba, señor Baxter.

—Entonces, no podremos despegar...

—Ciertamente, he tenido suerte, porque he podido contratar a un piloto momentáneamente desocupado. A peso de oro, claro.

En aquel momento, un hombre asomó por la ventanilla de la cabina de pilotaje. Era moreno, de pelo negro *y* tenía un frondoso bigote.

—Todo en orden —anunció.

—Se llama Bill Ransome —dijo Linda. Agitó una mano—. ¡Señor Ransome, despegaremos así que esté completada la carga!

—Perfectamente.

—Este es Budd Baxter, su piloto.

—¿Cómo está usted, señor Baxter? —saludó Ransome.

El joven hizo un gesto. Un hombre se le acercó con una plancha de metal en la que, sujetos con una pinza, había unos cuantos papeles. Baxter, como piloto, firmó la documentación del avión y de la carga. La carretilla empezó a retirarse, lo mismo que el camión que había traído las cajas que contenían la cerámica.

Baxter ayudó a la muchacha a subir al avión. Un hombre les ayudó a meter dentro la escalerilla y cerró la portezuela. Baxter cruzó el fuselaje y se sentó en el puesto del piloto.

A los pocos momentos, el «DC-3» corría por la pista de despegue. Ransome felicitó a Baxter por la maniobra, cuando el avión se hallaba ya en el aire.

Media hora más tarde, habían alcanzado la altitud de vuelo. Baxter revisó los instrumentos y dijo:

—Le paso los mandos, Bill.

—Bien, señor.

Abandonó la cabina. Cuando estaba a pocos pasos, notó que el avión se inclinaba hacia la izquierda.

—¡Eh!, ¿qué diablos sucede aquí?

Entonces Linda, que estaba sentada en uno de los asientos sujetos a la pared del fuselaje, abrió su bolso y le apuntó con un revólver.

—Nada, no sucede nada, excepto que no vamos a Nueva York.

* * *

Baxter sonrió, agarrado a un saliente del techo.

—Un secuestro, ¿eh? ¿A Cuba?

—No. Vamos a un sitio conocido solamente de Bill y por mí, en donde nadie podrá echarnos el guante jamás. Budd, lo siento, pero no acabará el viaje con nosotros.

—Entonces no diga que lo siente, sino que se alegra. —Baxter contempló el revólver que brillaba en la mano de la chica—. ¿Es la misma arma que sirvió para *despenar* a Van Truden?

—¿Cómo lo sabe? —gritó Linda.

—He visto a su padre muerto.

—No era mi padre. Simplemente... era una aliada suya para la ocasión. Pero él la había planeado con todo detalle y era preciso dejar que llegase el momento de la puesta en práctica.

—Momento que ya ha llegado.

—Sí.

—Entonces, si usted no es Linda van Truden. ¿quién es? La joven sonrió de una manera especial.

—El viejo y yo acordamos que me haría pasar por su hija. La auténtica Linda está en un hospital psiquiátrico, curándose de su adicción a las drogas. Yo me parezco bastante a ella...

—Y hasta diría que a May Stone. En estos momentos lleva el pecho suelto y no usa la peluca rubia que tanto la transformaba, ni vestidos ceñidos... ¿Me equivoco?

—Ha acertado —admitió la joven.

—Tuvo usted suerte. Alguien le puso una bomba en el coche.

—Eso es lo que más me extraña. Nunca he sabido quién lo hizo, pero el ladronzuelo que quería robármelo se llevó su merecido.

—May, usted contrató a dos maleantes para que me apalearan. ¿Por qué?

—Era un medio para forzar su interés en el caso. Si todo se hubiera desarrollado pacíficamente, usted no habría puesto todo su empeño en buscar a Linda. Había que dar la sensación de que existían poderosas fuerzas en juego.

—Tan poderosas, como para romper un brazo a un piloto y drogar a mi copiloto. El caso era poner un buen cebo, para que yo accediera un día a realizar este viaje, ¿no es así?

—Exacto.

—Pero han tardado mucho...

—Hemos tardado lo justo para esperar a que la mercancía estuviese lista —declaró May.

—¡Ah, la cerámica! Ella soltó una risita.

—Se sorprendería usted muchísimo si conociera el contenido de las cajas —respondió. Baxter lanzó una mirada de reojo hacia la doble hilera de cajones que estaban apilados a ambos lados de la bodega de carga. Eran de tamaño relativamente pequeño, aunque mayores que una caja de botellas de licor, y cada hilera tenía dos filas de seis, doce en total. Por lo tanto, había veinticuatro cajas.

—A decir verdad, no me interesa lo que contienen esas cajas —dijo, al cabo de unos instantes—. Ya me figuro que habrá cerámica en su interior, pero no es lo único que va con los cacharros. Hay otras cosas que me interesan más.

—¿Por ejemplo?

—La muerte del piloto que intentó estrellar su avioneta contra mi bimotor, precisamente el mismo en que viajamos... Se necesita ser un loco para simular un accidente de esa índole.

—Usted lo ha dicho bien claro: simular un accidente. Era lo que le habíamos encomendado a Kraunn.

—Pero Shepherd le *arregló* el paracaídas.

—Sí.

—Y a Shepherd, alguien le *arregló* el cuello.

—Me siento maravillada. ¿Cómo lo supo?

—Metiendo las narices por todas partes. Ustedes no paraban de colocarme cebos por delante. En realidad, todo esto ha sido un cebo gigantesco, desde el principio hasta el final. Sin embargo, no comprendo por qué tuvieron que morir esos dos pilotos.

—Estaban enterados del asunto y querían una tajada mayor de la convenida. Como amenazaron con levantar la liebre si no accedíamos a sus propósitos, fingimos acceder... y así nos ayudaron.

—Hasta que no fueron necesarios.

May hizo un gesto despectivo.

—Esos tipos no podían hacer nunca este viaje. Tenían malos antecedentes —contestó.

—Y por eso me contrataron a mí, un piloto del que no se podía sospechar en absoluto, el hombre ideal para realizar el vuelo sin que nadie pudiera recelar la menor infracción de la ley.

—Sí, es cierto —admitió May, sin el menor rebozo—. Es preciso convenir que Van Truden había elaborado un plan excelente.

—Pero cuando ya estuvo todo listo, lo eliminaron. Ya no les era necesario. May, me siento admirado de lo bien que desempeñaron la comedia de la hija descarriada, encontrada con el padre amantísimo. —Baxter sonrió—. Es de suponer que el cheque que me entregó Van Truden forme, también, parte de la comedia.

—Por extraño que le parezca, es auténtico.

—Pero no lo cobraré, claro.

—No sabe cuánto lo siento, Budd.

Baxter miró el revólver que empuñaba la joven. Ella adivinó sus pensamientos.

—No le dejaré que llegue hasta donde me encuentro. —Sonrió. Estiró el brazo izquierdo—. Abra la compuerta de carga.

Baxter respingó.

—¿Se ha vuelto loca?

—Ábrala o la abriré yo —dijo May inflexible.

—Estamos a diez mil pies, más de tres mil metros... Ella sonrió despreciativamente.

—¿Cree que no lo sé? Vamos, abra de una vez.

—May, dígame, ¿cómo cree que va a poder aterrizar?

—Ransome es un buen piloto...

—¿Ransome o Ted Jones?

—Es usted buen observador —dijo May.

—Se ha teñido la piel y lleva un bigote en lugar de barba. No está acostumbrado a disfrazarse: se nota a la legua que el bigote es

postizo. Otro que también forma parte de la comedia, ¿verdad?

May hizo un gesto despectivo.

—Ted tiene veinticuatro años menos que Van Truden —contestó significativamente.

—¡El mundo es hoy día para los jóvenes! —suspiró Baxter.

—¡Basta de charla! —cortó May bruscamente—. Abre de una vez.

—Está bien, está bien... —Baxter movió las dos manos—. No te enfades; hay tiempo para todo...

—Pero mi paciencia se está agotando.

Baxter se acercó a la portezuela y soltó el pestillo. De repente, se oyó un estampido. May lanzó un grito, se tambaleó y cayó al suelo. Atónito, Baxter giró en redondo y vio surgir a Kitty Knight, con una pistola en la mano.

CAPÍTULO XII

—Parece que he intervenido a tiempo —sonrió la rubia.

Baxter contempló unos instantes el yacente cuerpo de May Stone, que se agitaba con movimientos cada vez más débiles.

—Sí, una intervención muy oportuna —convino.

El piloto asomó en aquel instante por la puerta de la cabina.

—¿Ya está, May? —preguntó. De pronto, vio lo que había pasado y llevó la mano a la pretina del pantalón, para sacar el arma que hasta entonces había estado oculta por la cazadora.

Kitty cortó su gesto con un grito imperativo:

—¡Quieto!

Jones se inmovilizó en el acto. Kitty añadió una orden:

—Budd, desármalo —dijo.

—Está bien.

Jones se dejó quitar el revólver sin oponer la menor resistencia. Baxter le dio una palmadita en el cuello.

—Será mejor que tome los mandos y desconecte el piloto automático —dijo sonriendo—. ¡Ah, y vuelva al rumbo normal! ¿Entendido?

—Sí, señor —contestó Jones abatidamente. Baxter regresó junto a la rubia.

—Tú sabías algo —dijo.

—Sí —sonrió Kitty.

—Tal vez fuiste la que puso la bomba en el coche de May. Los ojos de Kitty chispearon.

—Sí —contestó.

—¿Por qué?

—Digamos que... por celos.

—¿Celos personales o de lo que contienen estas cajas?

Kitty seguía sonriendo. De pronto, alzó la mano izquierda y acarició suavemente la mejilla de Baxter.

—¿Qué importa eso ahora? —contestó—. ¿Sabes lo que transporta este avión?

—Bueno, cerámica y... algo más. Drogas, tal vez.

Kitty echó la cabeza hacia atrás y lanzó una estentórea carcajada.

—¡Qué ingenuo eres! —exclamó.

—Francamente, no me siento capaz de imaginar qué hay en esas cajas, además de la cerámica. Sé que la carga, en total, son tres toneladas y así firmé la documentación en el aeropuerto de Nassau.

Pero, de todas formas, nunca llegué a creerte mezclada en este asunto.

—Si no hubiese sido así, ¿habría puesto la bomba en el coche de May?

—Tal vez querías ocupar su lugar en el negocio,

—Pensaba convencer a Van Truden, después de que ella hubiese muerto, pero las cosas no me rodaron tal como había calculado, aunque, al final, he conseguido mi objetivo. Oye, ¿es cierto que Van Truden ha muerto?

—Sí. Lo mató ella. O tal vez el hombre que pilota el avión en estos momentos. Eran amantes, ¿sabes?

—Budd, me salvaste la vida —dijo Kitty—. A pesar de lo que May pudiera haberte dicho, ella quiso devolverme la pelota con su estrangulador. No puedo evitar sentirme agradecida.

—Yo no te salvé la vida a ti; se la salvé a Edna Spain.

—¡No seas tonto, hombre! Me refiero al tipo que degolló a Kenneth. Si alguien quiso matar a Edna, lo hizo por otros motivos y sin que yo tenga nada que ver con este asunto.

Baxter puso las manos en los costados. El rumor de los motores que funcionaban sincrónicamente se oyó con mayor fuerza durante algunos segundos.

—Ahora sí que no lo comprendo —dijo.

—Pues está claro, hombre. El tipo que rebanó el pescuezo a Kenneth me hubiera degollado a mí también. Si tú no hubieras estado entonces en casa, él me habría eliminado para evitar un testigo molesto. La muerte de Kenneth no tiene nada que ver con este negocio. Kenneth era un vividor, un explotador y un chantajista. El que lo degolló estaba harto de pagarle, ¿comprendes?

—Bueno, si te pones en ese plan, sí, te he salvado la vida. Pero no me debes ningún agradecimiento.

—Sí, te debo mucho. —Los ojos de Kitty centellearon súbitamente—. Compartiré contigo lo que hay dentro de las cajas —añadió.

—¿Los lingotes de oro? Kitty respingó.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó con voz crispada.

Baxter recordó la inauguración del apartamento de Jenny y sonrió.

—Un pajarito. Eso no importa ahora —contestó—. ¿Hay mucho oro?

—Más de una tonelada. A precio de mercado, aunque sea bajo, los lingotes que están dentro de las cajas valen casi cuatro millones de dólares. Budd, podremos vivir como potentados. Cada vez que necesitemos dinero, venderemos un par de lingotes de oro...

Baxter meneó la cabeza.

—Me temo que eso no va a ser posible —dijo.

—¡Estás loco, si rechazas esta oferta! Podemos escondernos los dos donde no nos vea jamás nadie...

—Sí, pero ¿qué hacemos del piloto? Kitty sonrió perversamente.

—Es un estorbo —dijo.

Baxter se encogió de hombros.

—Bueno, tú estás acostumbrada —dijo—. Anda y dispara. Kitty le miró un instante, mordiéndose los labios.

Luego, de pronto, echó a andar, pero antes de dar el segundo paso, un pie la hizo tropezar y caer.

Se oyó un chillido de rabia. Kitty se levantó con enorme agilidad y se lanzó contra el joven, pero, en el mismo momento, el avión pegó un terrible bandazo.

El suelo de la bodega de carga se inclinó en un ángulo de más de 45 grados. Baxter oyó gritos de mujer y también un fuerte chasquido, cuya procedencia ignoraba, pero del que no se preocupó, porque harto tenía con agarrarse a una barra para no rodar hasta el mamparo opuesto.

Kitty fue lanzada hacia atrás por la violencia del bandazo y chocó contra la compuerta. Pero en el mismo instante, dos cajas, que se habían desprendido de sus amarras, resbalaron con gran ímpetu por el suelo.

Se oyó un terrible chillido. Las cajas chocaron contra la compuerta, que era de doble hoja, y la abrieron. Kitty tenía la espalda apoyada contra una de las hojas y saltó al vacío.

Desde el lugar en que se encontraba, Baxter pudo contemplar, durante un cortísimo espacio de tiempo, la imagen de la mujer que se alejaba velocísimamente hacia el mar brillantemente azul, situado a más de tres mil metros de distancia. Las dos cajas desprendidas de sus amarras revoloteaban con aparente lentitud en el aire y también se perdieron de vista en unos instantes.

El avión daba unos fuertes bandazos ahora, debido a las dos hojas de la compuerta, que se agitaban enloquecidamente. De repente, se oyó un tremendo ruido de metal desgarrado. La hoja que estaba situada más cerca de la cola había sido arrancada de sus bisagras y saltó al espacio.

Durante unos segundos, Baxter temió que la plancha de metal causara daños irreparables en los timones. Hallándose sobre alta mar, si se veían obligados a descender, el naufragio sería inminente... suponiendo que pudieran efectuar un amerizaje de emergencia.

El avión volvió a la línea normal de vuelo. Baxter atravesó la bodega y se esforzó por asegurar la otra hoja de la compuerta, cosa que no le resultó demasiado difícil, debido a la misma presión del viento. El cuerpo de May, del que se desprendían unos regueros de

sangre, se movía a un lado y a otro, pero era evidente que ya no había en ella un hálito de vida.

Baxter regresó a la cabina y se sentó en su puesto.

—Ha sido usted —dijo.

Jones asintió sombríamente.

—Sí —musitó—. Y no me pesa haberlo hecho. Esa asesina mató a la mujer a quien yo amaba..

Baxter no quiso mencionar los asesinatos de otras personas, en los que Jones había tenido parte importante. La acción de Jones, al ladear el avión, había resultado muy oportuna.

—Lo diré todo —añadió el piloto—. Ya no me importa lo que me pueda suceder.

—Ted, ¿quién mató a Van Truden?

Los labios del copiloto temblaron un instante.

—Ella —dijo con un hilo de voz—. Me... me pidió que lo hiciera yo, pero... no me atreví...

—Tendrá que declararlo así ante las autoridades. Jones asintió.

—¿Hacía mucho tiempo que estaban preparando el contrabando de oro? —siguió Baxter.

—Meses enteros. Íbamos reuniendo los lingotes, poco a poco... Están en un falso fondo de las cajas que contienen las cerámicas. May y yo íbamos a marcharnos a...

—Tomaré los mandos —dijo Baxter. Jones se hallaba incapacitado para manejar el aparato.

—Sí, señor.

El copiloto se hundió en su asiento. Al cabo de unos momentos, Baxter hizo una pregunta:

—Ted, ¿por qué querían estrangular a la señorita Spain?

—Creo que Van Truden quería quedarse con la sociedad... No estoy bien enterado de ese asunto. May lo sabía todo...

Sí, pensó Baxter, May, quizá, había sido la que había llevado el peso de la operación, en la que había un cebo de cuatro millones de dólares. Pero a May ya sólo le quedaba, por botín, un pedacito de plomó.

Al cabo de un rato, buscó la frecuencia del aeropuerto de Miami y dijo a través de la radio:

—Aquí NZK 302, vuelo 211 desde Nassau. Me encuentro a diez mil pies, con rumbo 275

y velocidad de doscientos diez nudos. Solicito instrucciones para aterrizaje de urgencia. Desprendida una hoja de la compuerta de carga. Además, hay un cadáver a bordo, producido en una pelea a tiros...

—¡Demonios! —contestó alguien en la torre de control.

* * *

Edna Spain sonrió, al ver las flores que le llevaba su visitante.

—Pasa, Budd —invitó.

—Estaré muy poco —dijo él.

—¿Tienes prisa? Yo no tengo ninguna...

—Sólo estaré el tiempo justo para contarte algunas de las cosas que no se han publicado en los periódicos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Edna, extrañada.

—¡Oh, nada!... ¿Tienes una copa por ahí?

—¡Claro!

Baxter aguardó a tener el vaso alto en la mano y entonces empezó a hablar.

—Ahora, tu negocio quedará completamente limpio —dijo al finalizar su relato,

—La verdad es que no sé cómo agradecértelo, Budd. Aunque, de todas formas, me doy cuenta de que no lo hiciste por mí, pero el resultado ha sido el mismo.

—Sí, tu campo de aviación empezaba a cobrar mala fama. El oro, por supuesto, ha sido confiscado por el Gobierno. La compañía de seguros te pagará los desperfectos del avión...

—Lo enviaré a la chatarra. Voy a comprar dos «Convair».

—Sí, son más modernos —convino Baxter—. Bien, tengo que irme...

—Pero ¿por qué tanta prisa? ¿O es que te espera una mujer?

—Sí.

Edna se puso seria.

—Ya me parecía a mí...

—Es tu socio y se está curando de su adicción a las drogas, en una clínica.

—¡Oh! —Edna se llevó una mano a la boca—. ¡Pobre chica, ella es inocente de todo!... Por supuesto, cuando esté completamente curada, empezaré a tantearla, para ver si me vende su parte.

—Quizá lo haga. De todos modos, ya tiene cien mil dólares.

—¡Caramba! ¿Cómo lo sabes?

—Van Truden estaba ya en las últimas. El cargamento de oro era su tabla de salvación. Prácticamente, se puede decir que esos cien mil dólares era todo lo que le quedaba. Pero él no tenía intenciones de matarme; sólo había buscado un piloto del que no se pudiera sospechar.

—Ya entiendo. De modo que vas a darle a Linda los cien mil...

Baxter asintió. Se imaginó la cara que pondría Denis Gray, el director de su agencia, cuando supiese la noticia. «No sólo no has cobrado un centavo, sino que, encima, el asunto te ha costado

dinero», protestaría a voz en cuello.

Bueno, había que tomarse las cosas como venían, pensó. Y una chica que no tenía la menor culpa de lo ocurrido, bien merecía que se le ayudase.

—Espera —dijo Edna de pronto—. Iré contigo. Yo también quiero visitar a Linda,

Debemos darle ánimos para que emprenda una nueva vida, ¿no te parece?

—Eres un ángel —contestó Baxter. Pero luego, se dijo, buscaría la forma de separarse de Edna. Por ahora, no quería perder su maravillosa libertad de soltero. Estaba bien así, sin compromisos más que consigo mismo y la justicia.

F I N

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España